El estampido de la ENTRAÑA ORIENTAL

W. DARÍO AMARAL



W. DARÍO AMARAL (Rocha, 1974). Estudió literatura en el I.P.A. y es Docente de Educación Primaria. Participó en talleres, seminarios y concursos literarios obteniendo, en estos últimos, diversas distinciones en categoría cuento y poesía: 1991, 1° premio concurso de poesía en el liceo en que cursa; 1994, 1° premio concurso "Jornadas Carolinas" de la ciudad de San Carlos; 2002, 1° mención concurso literario "Me siento Rochense" organizado por el Colegio San José de Rocha; 2003, 1° premio concurso de poesía del Instituto de Formación Docente en que cursa; 2014, 1° mención "Concurso Internacional Club de Leones de Rocha" en la categoría ciencia ficción; 2014, 2 mención y publicación antológica "Concurso de Cuentos Felisberto Hernández" organizado por el Municipio de Rocha; 2014, premio y publicación antológica Concurso Editorial 1°de Mayo de Montevideo; 2016, Finalista del II Certamen Literario Internacional de la Fundación Somos; 2017, Finalista Concurso Español de Micropoemas "Primavera de Sueños"; Finalista Certamen de Poesía de San Isidro Labrador en España; Finalista y publicación antológica I Concurso Literario "Lluvia de Versos", publicado en España.

Se ha involucrado con la prensa escrita, televisiva y radial abordando temas de corte cultural, fundamentalmente referidos a literatura y cine. Sus cuentos y poemas han sido publicados en antologías en formato papel y digital a nivel nacional e internacional. Reside alternadamente entre el balneario La Paloma y la ciudad de Rocha, ejerciendo la docencia en una escuela de educación especial.

El estampido de la entraña oriental

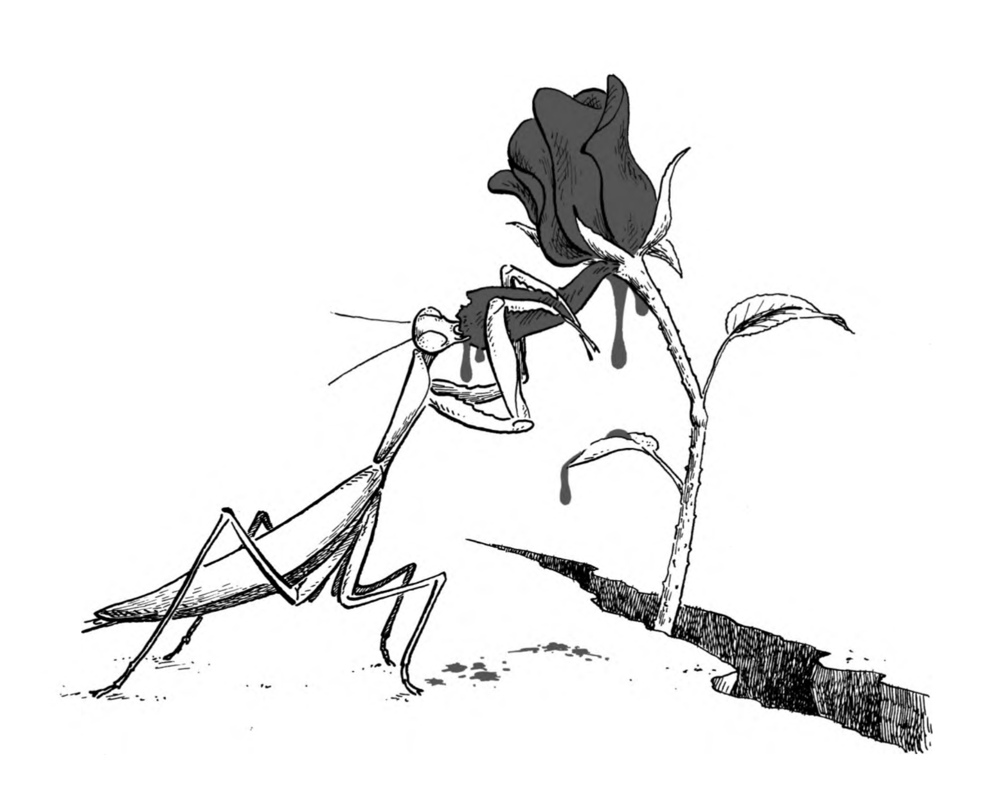
El estampido de la entraña oriental

W. DARÍO AMARAL

El estampido de la entraña oriental
W. Darío Amaral
Primera edición en Irrupciones: Noviembre 2018

Montevideo – Uruguay
irrupciones@irrupciones.com

ISBN 978-9974-722-29-3



Para María Clara Amaral, mi ventura y aventura.

Donde saltó la vida y luego nada
echó a rodar, y luego nada; queda…
un portón viejo en el vacío, algo
como un andén cubierto por la arena;
queda por siempre el hueco
que deja un estampido por el bosque.

Rafael Guillén

Toco entraña para iniciar el cántico.

Clara Janés

Prólogo

El presente volumen se compone de 34 textos, (que podrían resistir a la clasificación de prosas poéticas o poesía narrativa), confeccionados durante el lapso aproximado de tres años; si bien todos poseen un carácter ecléctico y variopinto en cuanto a sus temáticas al menos cinco de ellos refieren, desde un trasfondo ficcional, al Uruguay en cuanto cultura (idiosincrasia, costumbres y tradiciones reconocibles, aunque también a falencias inherentes a la condición humana que nos pueden llegar a incumbir desde la no menor circunstancia de que han sido confeccionados por un compatriota: yo mismo). No están ausentes las referencias a autores y obras nacionales como también los denominados "clásicos universales" no sólo de la Literatura sino también de la Filosofía (como Sartre, Kant, Soren, Kierkegaard, Heidegger, Camus, Joyce, Proust, Hesse, Bolaño, Hemingway, Reinaldo Arenas, Lezama Lima y Onetti entre otros), circunstancia que lo aproxima en algún punto también al ensayo. El libro explicita además las inquietudes existenciales y metafísicas ("Avant-premiere: dios a flor de agua turbia"), así como también el interés por los asuntos filantrópicos y ambientales encarados desde una ética que aboga por el derecho de la convivencia pacífica y sustentable del hombre con el hombre y la naturaleza (tal el caso de "La voluntad de las ojivas de sangre"). Por su parte, textos como "El perol de las lenguas becerras", "Plaza sitiada al 1400", "En Shikoku la hojarasca ligera" o "Caronte/ Hades" se perfilan por su estilo, forma y contenido(su superestructura), hacia una esfera marcadamente poética aunque no poseen versificación. Textos como "Jhonny Melgarejo y el viejo carcelero" o "La sombra" evidencian una estructura más llana y lineal que los acerca al típico cuento tradicional; aunque hay que precisar que si bien textos como "Los gatos huérfanos o una temporada de fe", "Lo que se dice casi un acto poético" o "El estampido de la entraña oriental", albergan una particularidad semejante a los citados en un principio, sus tramas difieren en cuanto que inquieren en acontecimientos históricos "desafortunados" acaecidos por estas márgenes (los eventos de Salsipuedes durante el gobierno de Rivera y las dictaduras militares en América Latina). Este marco sólo puede facultar o predisponer a quien se digne a ingresar en su lectura a una sensibilidad especial, particular y propia que, de alguna manera entraña por igual en virtudes como en miserias que nos constituyen como seres humanos determinados social y culturalmente con un denominador común histórico y sensible; estas prosas son factibles de generar lo que he dado en denominar, a falta de otro adjetivo más altisonante para un oriental, de "estampido", no tanto por su soslayado realismo como por su visceral cuando no cruenta invención en la que se enmarcan sus textos. Acaso este sea el más oportuno justificativo para un título semejante. Si de pronto me apresurasen a otorgarle al lector distraído una posible re-

ferencia literaria que tuviese que ver con la inspiración y elaboración de *El Estampido de la Entraña Oriental* como registro de escritura, se me ocurre audaz e indefectiblemente pensar, en cuanto a predilección y aspiración incomparable a un libro ejemplar: *La Universidad Desconocida* de Roberto Bolaño sobre cuyo fundamento, por otra parte, Bolaño declaró poco antes de abandonar este mundo: "creo que en la formación de todo escritor hay una universidad desconocida que guía sus pasos, la cual, evidentemente, no tiene sede fija, es una universidad móvil, pero común a todos…". Por lo que la exégesis de Bolaño incumbe y abarca también al proceso creativo de textos como los aquí reunidos puesto que desde su génesis hasta su cierre siempre inacabado, como señalaba Borges, sólo puede justificarse y adquirir verdadera razón de ser en ese intercambio significativo con un lector que por sobre todo resultará, o tenderá a ser, único e ideal. Este libro presenta además algunas marcas particulares como un texto complementado con ilustraciones propias resultantes de la lectura de Dave Eggers (así la prosa inicial "Acerca de rampas, escalones y otras escalerillas hasta el cielo"); textos con una estructura argumental "circular" en que la dimensión tempo-espacial se diluye hasta confundirse en un espiral alucinatorio (el texto titulado "Taumatropo"); o marcas distintivas como el transcurso de la hora de un reloj que parece decidir sobre el desenlace de la historia referida (así "El que aguarda un tren en un andén a medianoche"), e incluso cupo un espacio más para un ensayo de emulación al iluminado vate Nicanor Parra recurriendo, como él hubiese optado, a la ironía, siempre ducha en descubrir cómplices a la vuelta de un recodo (el texto es "Supersticiones del nuevo poeta mald(h)ito y un silogismo póstumo que no hacía falta").

La palabra "entraña" es polisémica, posee algo así como cinco o más significados, todos ellos aluden a lo íntimo, a lo esencial y a lo oculto, a aquello que existe en lo interior como una víscera humana dotada de vida palpitante. Este libro fue desde su gestación, desde esa dialéctica de la soledad que adquiere sentido en la comunión con sus pares (orientales en nuestro caso), a la que refiere Octavio Paz en su pequeño y descomunal *Laberinto de la Soledad*, un libro escrito con afecto y orgullo, con saña y dolor, pero nunca con indiferencia, pues soy de aquellos que prefieren equivocarse por su cuenta a tener razón por consigna. Ahora, que el "estampido" de esa entraña nazca por decantación ya es asunto concerniente a cada uno de ustedes, en cambio, proseguirá siendo personal esa búsqueda esperanzada de lectores ideales que profeso por la circunstancial certeza de que estén, ahora, aquí…

El autor

Montevideo, 2018.

ACERCA DE RAMPAS, ESCALONES Y OTRAS ESCALERILLAS HASTA EL CIELO

La misma tribulación, el mismo sueño recurrente durante cada semana de la temporada en el dominio de aquel cuarto de mala muerte atestado de insectos, sobre el desvencijado catre en el hostal de la costanera sur del balneario, desde cuya ventana veía cada mañana abrirse el mar. En un comienzo el prodigio consistió en el surgimiento y resurgimiento de un prominente peldaño que acabó por constituirse, en su ascenso, en una reluciente rampa que asomaba de entre la espuma del oleaje como un plateado monolito, un iceberg de piedra sobresaliendo moteado por verduscas algas. Luego se presentaron los macizos peldaños de una simétrica y curiosa escalinata semejante a los concluyentes vestigios de un edificio en ruinas de Chernobil u otra construcción bombardeada en Kuwait, pero que más firmemente parecía rememorar los vestigios sumergidos de alguna milenaria ciudad, más allá de las columnas de Hércules, tal vez Atlántida. Para el atardecer la marea del Atlántico orilló desde la lontananza una musgosa madera desprendida tal vez del casco de algún vetusto navío de pesca durante alguna tempestad, la encalló entre las rocas y la bruma marina. Se trataba en realidad de una escalerilla de las de maniobrabilidad cotidiana u otros menesteres que boyaba como un liviano cadáver despintado y a la deriva. Las tres estructuras anochecieron, (o amanecieron), un poco empetroladas y también recubiertas de líquenes en las aguas turbias de una vigilia sin par, hasta encallar sin preámbulo en la orilla tapizada de caracolas de una inquietante ensoñación de la que, hasta hoy, no he conseguido recuperarme.



Cada jornada en la que, al igual que sombras malditas, o mejor dicho, al igual que tres auténticos esperpentos inanimados y horrendos, se presentan las mismas imágines disímiles bajo forma de rampa, escalinata y escalerilla, empapadas en salinidad, no atino más que a presagiar noticias infaustas para mí porvenir. No tanto por su naturaleza como por la recurrencia o asiduidad con la que impostergablemente aparecen únicamente ante mi vulnerable ser. En el año del Señor de 2017 la prístina revelación me alcanzó recién para el gélido invierno. La rampa ya había sido cubierta en su totalidad por la marea y cabía la posibilidad de que se hubiese hundido en el lecho marino; la escalinata debió despedazarla los envistes del oleaje o bien el metalizado casco de algún buque extranjero en la cerrada noche; en cuanto a la escalerilla, me consta sin aprensión, fue rescatada por mi vecino el pintor, compuesta y pintada hasta acabar auxiliando en su funciones como parte de un utensilio más.

En ocasiones cuando la veo recostada en la pared lateral de su cabaña me embargan irrefrenables impulsos de arrebatársela sin que este sospeche nada. Tenerla bien a mi alcance para destrozarla con el filo de un hacha y tocarle lumbre para

que, en esa especie de acto de exorcismo, caliente en algo esta habitación, mi cuerpo y mi alma.

Y es que esa infausta escalerilla tiende, desde su impensable surgimiento marino, a comportarse como un mismísimo oráculo que todo lo sabe y antecede por más malo que ello sea. Como tal se comporta y luce. Y resulta que, si lo medito un instante, con sólo ver su contextura o estructura de ascensión decreciente, si lo deduzco con exactitud matemática, no hace otra cosa más insana que evidenciarme, en una soberbia metáfora metafísica, que a medida que trepo su imprecisa perpendicularidad y me aproximo paso a paso en altitud al cielo esta comienza a estrecharse. Es decir, guardo la certeza lógica de que, si la prolongase hasta más no poder, esta cerraría su angulosidad al extremo de no dejar ingresar al cielo a ningún ser superior en tamaño a una micra. En tanto el cielo se cubre de nubarrones, desde el desvencijado catre razono viendo a la escalerilla arder que, aplicando el mismo principio, pero en un inminente descenso, la maldita no hace otra cosa más dantesca que ensancharse concediendo un espacio,(o acceso),plausible de abarcar a todo el universo.

Apenas amanezca, arrojaré sus malévolas cenizas a las espumosas lenguas del mar para que la deglutan en irrevocable señal de contrición.

LA VOLUNTAD DE LAS OJIVAS DE SANGRE

El hombre es un lobo para el hombre
Thomas Hobbes

Antaño, época de corruptible memoria, la "paideia" helénica ponderó además la filantropía. Las Cruzadas y la Santa Inquisición ponderaron con severidad la suya. Hasta, en pos de la ecuanimidad, se irguió una vacante para el genocidio, la esclavitud, las dictaduras, el racismo, el parricidio, la homofobia, el infanticidio y la pederastia inherente. Cupo oportunidad incluso, y sobrada voluntad, para arrasar con la frondosidad silvestre y sus míseros ocupantes en pie, todos y cada uno a priori minuciosamente confiscados. Nuestra temporada puja sin cesar, (y sin ningún" César", lo que no es igual), por pulimentadas, rellenas y cromáticas ojivas guarecidas con el celo de la existencia misma para la que fueron concebidas menguar o arrebatar sin más. Sin dioses o con un parvada abúlica de ellos, somos nuestros propios dioses, nuestros propios fiscales, jueces e imperecederamente nuestros verdugos. Se renegará de aquella imagen devuelta por la luna de nuestro propio espejo, proclama el sacro mandamiento, pues estamos hechos a nuestra propia imagen, una *Weltanschauung light*, hedónica, huérfana de humanidad... Aborrecerás de tu espíritu y de todo aquel que se ocupe en salvaguardar el de su prójimo. Ante todo, no dejes de odiar a quien te llagase a amar, que si te odia pasará a llamarte "hermano mío". No impliques, de ninguna manera, los asuntos existencialistas de Soren, Kierkegaard, Heidegger, Sartre, Camus… que aunque alguna vez

orientaron al pensamiento filosófico podrían comprometerte y marginarte en buena medida; lo mismo es aplicable respecto a la lectura del *Ulises* de Joyce, *En Busca del Tiempo Perdido* de Proust y todas las novelas de Hermann Hesse que abogan por la superación humana.

Mejor tima, saquea, viola, troza, arremete, incendia, aplasta y defeca cada brote, pimpollo y perfecta flor que se te atraviese en tu peregrinación. Sofrena y posterga en lo factible el asesinato instantáneo, pues semejante arrebato claudica la meritoria complacencia. Empero, da salida a la piedad, a la justicia, la verdad, la moral y a cualquier símil de lo que pueda ser concebido como una etérea manifestación moral. Porque, mortal o inmortal, no descubrirás otra exégesis, ni más axiomático repliegue que el de la voluntad de aquellas ojivas de sangre asolando hasta el firmamento, la lluvia y su arco iris, asolando los restos de los restos, asolándonos sin pizca de piedad, asolando a dios y al mismo diablo fusionados, asolándolo, como ojiva, todo y a cada una de sus partes. Ergo: "Esta alma, (y las familiares a ella), está llena de sombras, y allí se comete el pecado. El culpable, (empero), no es quien ha cometido el pecado, sino aquél que ha hecho la sombra" alega el León de Besanzón.

EL QUE AGUARDA UN TREN EN UN ANDÉN A MEDIANOCHE

Mientras tus versos se pudren, dijo la voz
a las doce de la noche…
R. Bolaño

11:52— Apenas algunas prendas de ropa mal lavadas, pues no he de calzarme más,

se apelmazan en mi maleta como apolillados harapos

bajo el mamotreto de folios redactados y otros más borroneados,

arrancados orgánicos de manera pretenciosa, cuales lirios o yerbas perennes;

arrancados de cuajo, (como un alumbramiento no vaticinado, ni deseado en realidad),

de la ignominia de la desazón y el espanto, de la imperiosa necesidad de la búsqueda de otro refugio, de otra retórica, de otro esquema circundante ¿qué por qué los cargo conmigo? no lo sé a ciencia cierta, pero son mi entera responsabilidad más allá de su carácter y absurda naturaleza; en tanto avanzo cuesta abajo, sin portar un arma, pero con el sigilo del traidor o del lumpen que deserta atravesando también la bruma y la penumbra que sin duda son, en esta bifurcación temporal y por este páramo, su única redención, su cómplice "partisano" y su bálsamo…y que le consta fenecerá en la más impropia glaucoma; revive pues en mí, como una pulsión de un Eros irredento, el impulso de hacer una o dos llamadas telefónicas ¿pero dirigidas a quiénes? ¿al Sumo Pontífice mientras es

duchado por sus súbditos en el Vaticano? ¿al casero que he timado con mil patrañas irrisorias durante meses? ¿telefonear a la casa con jardín en la que crecí y en la que no volveré a ver a mi pobre madre aguardar a mi padre borracho? ¿telefonear a la hermosa y tímida meretriz apenas mayor que mi hija y respecto de la que no consigo saber a ciencia cierta si me dejó de llamar o la dejé yo de hacerlo?...da lo mismo, el daño no se supera por ello. Lo cierto es que lo he postergado y además abandonado sin excesivo remordimiento.

Hubo una vez en que me paralicé en la contemplación de la profundidad abismal de los ojos de Camus y Hemingway estampados en una postal navideña que alguien me envió desde Ginebra, en ellos descubrí, por vez primera, un atisbo de la humanidad apabullante que no redimió a ninguno de los dos, desde entonces evito, al igual que Borges, la cercanía peligrosa de toda luna sólida o líquida de espejo…

12:01— Arribo a la antigua estación con el espinazo y el cráneo resquebrajados de sostenerme, arribo sin que me importe un bledo el haberme mantenido en pie pese al lastre muerto sobre mis hombres, arraigado aunque zigzagueante como un chal—chal ribereño, al cabo de cuatro décadas de encandilamientos, de sórdidos monitores y pantallas líquidas desbordadas de psicodélica, panfletaria basura, de rotundos estéreos sin cadencia alguna en torno a mundanales congregaciones que aún no concilian el sentido de sus acciones conjuntas ni ante qué dios acuclillarse o apostar por lo que no poseen…móviles, drones satelitales, mascotas artificiales, tratamientos faciales y psíquicos, indumentarias cubiertas de lentejuelas violáceas… fornicaciones y orgías coyunturales, suicidios sectarios, infanticidios auspiciosos y sustanciosas desfloraciones; jardines de dalias, todas ellas siliconadas con pétalos de botox y hojas de vinilo fosforescentes…

Si poseyera al menos la certeza precisa y oportuna de que no perduraría bajo ninguna otra modalidad vital ni esencia tangible, antes del ocaso bien me hubiese dejado abatir, avasallar cobardemente para desaparecer así entre los escombros de semejante Gomorra, me escabulliría en la noche como el sedicioso "cagatintas" que nunca he sido pero al que siempre he pretendido invocar.

12:09— Resplandor, penumbra... Alternadamente los relámpagos de la tormenta de temporada refulgen delatando a los preñados nubarrones purpúreos que poco tardan en estallar y vomitar un lastre de lágrimas sobre las musgosas tejas de la antigua estación; la luz del neón que humea moteada de insectos parece acentuarla más aún, al igual que esta espera cojonuda.

Se descongestionan las nubes y las gotas ácidas se precipitan, estallan como bolsas que dan en el concreto y el agua se escurre, se desbanda enérgica hasta inundar los sesgos de estas cicatrices que, aunque reniegan de su existencia, exponencialmente aparecieron allí, prevalecen desde las mismas nubes que custodiaron a arcaicas genealogías de seres que nada poseían que los familiarizase con un hombre.

12:13— De pronto surge de entre las sombras una locomotora, repta con parsimonia sobre los rieles al igual que un sonoro leviatán humeante y motorizado, arrastrando un apéndice interminable de aún más oscuros vagones, todos y cada uno de ellos abarrotados de difusas o distorsionadas siluetas hieráticas, inconmovibles como cadáveres vivientes arrellanados en su interior; portando cada uno, junto su probable espíritu, una sobria maleta de las que tampoco se me hace inverosímil calcular o suponer el contenido que resguarda.

El interior del metalizado transporte se encuentra inva-

dido por una siniestra niebla que recorta al pasaje trastocándoles en distorsionadas figuras, asimismo presiento que tras ser engullidos vivos en este ámbito no puede persistir ardid más eficiente que el de transfigurar la totalidad del desfile de rostros famélicos, inciertos, putrefactos y algún que otro fosilizado, invocando la imagen de abatidas, resignadas calaveras que alguna vez respiraron provistos de pulmones, carne, arterias, vísceras, masa encefálica, penes, himen, vaginas, orines, excremento, saliva ,sangre y tal vez corazón… así como las veo a todas ahora no parecen ser más que sombras supinas recortadas aguardando lo imprevisible, sea lo que ello sea.

12:21— "¡Arriben señoras y señores!..." ruge la carrasposa voz de un oficial que nadie puede, ni estaría a darse, descubrir desde un andén de medianoche; empero ninguno de estos pasajeros, en sus insanos tuétanos de corruptas o corrompibles almas, atinarían a invocar una imagen diferente al mismísimo barquero Caronte, infernal comisionista de vocación.

Arribo y me arrellano al fondo, en el único asiento disponible

que bien pareciese aguardarme reservado ya desde una eternidad que angustia…

12:24— Avanzamos un trecho escabroso hasta despedir la luz y comenzar a ser ceñidos, inmovilizados por la densidad de la niebla que efectivamente huele a humo rancio o mejor a crematorio; afuera, más allá de la negrura zigzagueante de una noche sin fondo,

avanzamos e iniciamos entonces el descenso.

Aquí me ves ahora, sin disimular el hecho de no haber conseguido aguardar una nave distinta a esta y entonces todo cobrará un sentido y un significado más justo que noble en

donde antes parecía no existir más que miseria y vulgaridad…

Y aquí me tienes, el lumpen cagatintas que declina trémulo aunque resuelto por entre los riscos escarpados de inconmensurables cordilleras que humean, de vaporosas sombras de inconcebibles ruinas, todas y cada una escarlatas y moteadas por musgos idénticos a cabelleras recién acabadas de escalpar… (acotación: a cortos metros del destino mis sentidos fueron turbados tras un descubrimiento imposible: el panorama de hastío y ruina no conseguía opacar, desde el filo de la hendidura de una piedra desgastada, el solitario destello de vida despedido por

una begonia blanca semejante a un querubín entre las flamas me complugo el hecho de que se encontrase lejos de nuestro alcance).

Este es mi último tramo, prólogo a mi último hálito, impertérrito bajo ya sin pasaje de retorno; amiguitos lean estas líneas que serán, más que bien, mi postrera lamentación,

mi última imprecación en nombre de los que acompaño y de los que también he abandonado sin misericordia ni pésame.

Desciendo sólido…

Al fin y al cabo la Terminal a la que ya casi arribamos aguardó por nosotros

desde antes, o incluso posterior, de nuestra procreación, (da lo mismo),porque, a decir verdad y para hablar sin rodeos, ahora retornamos sin más albur a nuestro hogar.

Que las palabras nos condenen y doblegan, como hasta ahora, sin piedad, siempre; que no sea otra nuestra cruz.

Bienvenidos, como puedo despacho mi ser…y la pila de folios, por el momento, descansa en la maleta junto a mis sudados pies

por mí.

EL JARDÍN DE LA CIUDAD MUDABLE

Todas las casas, edificios, las calles, las plazas, los vehículos y hasta los transeúntes son de súbito distintos, se han tergiversado, mutado de un parpadeo a otro como en el flash back de un film de Tarantino o de Burton. Y como en una de Burton únicamente un humilde jardín se ha resistido, intransigente, a esta circunstancia mudable en la ciudad. Las begonias, geranios, narcisos, dalias, rosas, violetas y fritilarias trasplantadas del bosque rebosan tras un cerco de madera pintado en blanco por alguien que no he podido ser yo. Tampoco yo he comprendido la escena con sincronización sino hasta el atardecer en que mi hija Clara se atrevió a arrancar algunas de aquellas flores, componer rápidamente un ramo y, sonriendo, cedérmelo al igual que una ofrenda.

Ahora no sé cuando sueño ni cuando estoy despierto. En cualquiera de los dos orbes indefinidos me desplazo con soltura, pero únicamente ante el jardín y viendo, reiteradamente, cómo mi hija me regala cada día un aromático ramo, soy inmensamente feliz.

Tampoco sé, (o tal vez sí lo sepa), lo que signifique, pero a cada año transcurrido, y en tanto Clara deja de ser una simple chiquilla, el jardín comienza a perder sus flores que se marchitan antes de tiempo.

—¿Hoy no hay flores para mí?

—No papá, casi no queda ninguna que no se esté marchitando.

—Sí, ya lo veo…

Supongo que debería despreocuparme por lo inevitable.

Clara me besa la mejilla, palmea mi hombro y se despide de prisa hasta alcanzar al joven que la aguarda sonriente. Ambos se alejan caminando, tomados de la mano…

Yo, sin saber aún si sigo soñando o alucino, me arriesgo a traspasar el cerco de madera y me siento sobre la hojarasca que se resquebraja con mi peso. Allí me instalo, estático, apretando entre las yemas de mis dedos un amasijo de pétalos mustios y malolientes. En mi puño cabe, sin vacilación, toda mi existencia. Y entonces la lluvia comienza a desprenderse de las nubes rasgando los pocos pétalos vivos de las flores del jardín en agonía e inundándome la mirada que percibo por igual de distante y ajena a la que en el antaño poseía.

AQUÍ (SOBRE)VIVIÓ TAMBIÉN OTRO REINALDO ARENAS

"Tu y yo estamos condenados" advierte con cadencia de gong Maciel Reyes y escruta de paso una página de algunos de los volúmenes (posiblemente *El palacio de las blanquísimas mofetas*), de Reinaldo Arenas; lo hace de pie y abstraído ante el robusto lustre del anaquel de una librería en Ciudad Vieja.

Allí lo encontré una mañana sin rastrearle y porque además me guarecía de la lluvia torrencial que se descolgaba sobre la capital. La vida es, a fin de cuentas, una encrucijada inesperada de atajos y ladeos y Maciel al igual que Arenas resultaron ser, aunque en épocas, países y sistemas de gobierno asimétricos, maricas mayúsculos, de grandilocuentes almas y dotados de cuanta nobleza pueda dotarse a la mismidad.

Lanzados subrepticiamente como cantos rodados (así los concebía), al desdén de un río contaminado, revuelto, en el que la desolación, el prejuicio y la incomprensión boyaban como mierda que embadurna lo que roza de escarnio y de puro ostracismo que como el fascismo, racismo y todos los restantes "ismos" desangran y ciñen al corazón que, al igual que un candado abierto, oxidado y al rojo vivo, se concibe aún más vulnerable bajo la menguante luz lunar.

A ambos, sus respectivas patrias, no supieron abrirles una senda ajena a la decepción, la desolación y la desesperanza. En su lugar les despojaron de casi todo, o al menos de aquello que la somera existencia impele en la concreción del sosiego, la ventura, la armonía, y la esencial creación artística bajo un sol de sutilezas y certidumbres que no acertaron con

su horma en ninguna parte: tampoco en plazas libres, parques libres, ramblas libres, teatros libres, bibliotecas libres…

Pese a ello, he conseguido ser testigo de que puede pillárseles en gestos de imbatibles colosos que, cuando menos lo prevés, se yerguen, una tarde de primavera; elevados como alcázares soberbios, de gruesos muros en los que germinan florecillas rosáceas que albergan bandadas enteras de golondrinas que huyen de las urbes para planear sobre sus cabezas como coronas áureas para luego cubrirlos de nidos. Al mismo tiempo creo haberlos divisado otras oportunidades como buques acorazados con un calado tal, e impenetrables ante lacerantes tempestades, que no se concibe hondura, planicie, ni puerto que los albergue así nada más…

Maciel y Arenas, dos caras en una moneda de oro labrado; dos tórtolas blancas oscilando bajo los esbirros, dos saetas disparadas a la vastedad del monzón de un atardecer ;entre Aguas Claras y Holguín, a codos del Puerto de Montevideo.

Arribé a Maciel Reyes como a una melódica rapsodia, en una tertulia literaria, en el recodo de un café citadino; se le veía orgulloso, como un "Vesubio", de su mención literaria, así como el guajiro Arenas con su "Celestino" en la revolucionaria cuba de Castro.

Me le aproximo y congratulo su triunfo estrechándole la mano, expele entonces su homilía profana; platica con ton y son sobre la dicha y la ignominia que le ha significado no desairar sus principios, su esencia humana-poética al igual que su incuestionable honestidad intelectual.

Me narra de Lorca, de Pessoa, de Lezama, y también de Arenas, todos homosexuales, todos grandilocuentes, gentiles e imperecederos, como él mismo; como él marcados y sufridos por su inherente condición.

Al final cobra coraje de donde parecía no existir y, en el estrépito lúcido de un trueno que arremete contra los cristales

de la librería en Ciudad Vieja, Maciel me eleva, no sin pudor, una invitación a su hogar. Y si la he aprobado es por que reconozco en él, antes que a un voraz sodomita, al más mortal de los mortales que, aunque resigna su condición de gay a la partícula corrosiva del escrutinio manifiesto, (y que justo a él parece no mellarle), no resigna, ni claudica su desgarrada humanidad de vate, la afabilidad de su ser, de filántropo perseguidor de un "areté" onírico y homérico, la nebulosa diamantina y la preclara policromía de sueños truncos y no tan truncos…

A los días me he adentrado, con cierta perplejidad, a su casa que es también su cáucaso de alabastro, su "enceinte splendeur" donde, pese al ensordecedor mundo exterior, prosigue siendo, quien es: él mismo, un prampológico artísta.

—"Ponte cómodo, estás en tu casa, preparé un té caliente con manzanilla y limón;

junto a ti está mi modesta biblioteca por si apeteces fisgar algo."

Le obedezco arrellanado en un confortable sillón de raído cuero

sesgado seguramente por el embiste de las zarpas de un gato consentido que no diviso pero que adivino de su proximidad.

Maciel desaparece chancleteando en bermudas tras una cortina de caracoles bamboleantes pendidos al igual que minúsculos babuinos en cien lianas.

"¿Y hace cuánto que te distrae esto de la escritura mi amigo?" observa desde la recóndita cocina.

"Desde que poseo memoria creo" y no resisto tomar del estante intermedio una primera edición de *Prosas profanas* de Darío.

"¡Uy, pero qué bueno! Veo que has dado con uno de mis favoritos. Es tuyo" dice sin más atravesando la manada de

babuinos con dos tazas humeantes con la impresión inconfundible de Marilyn Monroe en sus laterales cilíndricos.

—Pues no sé qué decir. No nos conocemos tanto, me parecería un abuso aceptarlo así nada más.

—Pues esta es una buena excusa para entablar una gran amistad. Que la pasión por los libros nos una aún más. Sencillamente disfrútalo y no digas nada.

Me sirve la taza, se arrellana en una especie de canapé entrecruzando las piernas y comienza a escrutarme con naturalidad mientras sorbo la manzanilla con un poco de recelo.

—Tu casa es pequeña aunque acogedora. Uno llega a sentirse cómodo aquí, (miento), entre tanto libro, planta y retratos de poetas.

—¿Y entonces acerca de qué versa tu escritura mi letrado aliado?

—Bueno esgrimo escaramuzas de versos y relatos sin mayor expectativa ni relevancia.

—¿Sin relevancia? Precisamente, cada componente de una obra literaria es relevante para determinar su calidad. Me gustaría leer al menos algo de toda esa maquinaria tuya que llamas irrelevante; desde luego, si me lo permitieses. Podrían serte de utilidad algunas apreciaciones de ávido lector que compartiría contigo. ¿Qué te parece?

"Bueno, por pura casualidad aquí vengo, sin pretender nada, con algunos textitos" y le cedo, ahora pudoroso, un fajo de páginas.

"¡Ah, pero fantástico! Prometo leerlos luego y mañana mismo te daré mi impresión acerca de ellos si te interesa" toma los manuscritos y los acomoda en un estante junto a un busto pequeño de Cervantes.

Sobreponiéndome a mi injustificado recelo me he animado, transcurridos unos días, a volver a visitarle para conocer fundamentalmente su impresión acerca de mi trabajo.

Esta vez me ha recibido peinado, risueño y bien vestido. Ha roto el letargo de un obeso gato persa echado en el sillón para que me sentase. Me ha agasajado con un café importado hecho en máquina y, tal como lo preveía, refutado con severidad mi lánguida poesía. He aprobado absolutamente su mecenazgo y desaprobado, en parte, su intransigencia:

—¿Y qué tal mis textos? ¿Te parecieron muy malos?

—Mira, no los creo decisivamente malos sino desbordados de eslóganes o lemas estériles mi hermano. Por lo pronto te sugeriría, si tu intención es la de escribir lo que se dice en serio, que mediaras entre la literatura que quieres alcanzar y tu ego que te obstruye en el proceso creativo. Pero lo alentador de todo este experimento es que talento tienes. En alguna parte, en el interior de la roca, yace una gema, pero a ella llegarás únicamente mediante la buena lectura y un trabajo perseverante para encontrar tu estilo, tu voz…

—Bueno, algo es algo entonces. ¿No?

—Pues sí. Y sin pretender ser presumido, aquí te aparté algunos libros indispensables que, además de dignificar tus días, te servirán en tu formación: *La Divina Comedia* de Alighieri; *Moby Dick* de Melville; *Ulises* de Joyce; *Paradiso* de Lezama Lima y por último, y de momento hasta que los leas y me los devuelvas para prestarte cinco más, dos de los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* de Proust… ¿Qué te parece?

—Es estupendo, agradezco tu dedicación hacia mí. Quizá hasta valga el esfuerzo.

—Si lo hago es porque precisamente tengo la inequívoca certeza de que si encauzas como se requiere tu registro de escritura, consigas algo más provechoso que sucucharlos en la oscuridad de un hermético cajón…

Entonces sonrío, él replica con otra sonrisa pero a continuación se pone nervioso y por poco se le escurre sobre mí su

taza de porcelana inglesa que al final la hace añicos luego de haberla vaciado. Me inclino a ayudarle con el desparramo de esquirlas blancas, pero ni bien intenta besarme una mejilla le aparto con fuerza. Cae sentado sobre la alfombra, vitupera y se incorpora colérico para abrir la puerta y echarme a empujones a la calle que huele a lluvia.

Me marcho caminando bajo el aguacero por la avenida Burgues y escucho tras mis pasos el fragor de una puerta que con demora se cierra. Avanzo empapado algunos metros hasta que tropiezo con una baldosa suelta de la acera, me voy de bruces y en un santiamén mis poemas se me fugan de las manos y me despido de ellos para siempre; las aguas turbulentas de la calzada se ocupan del resto y una dilatada boca de tormenta los devora como a Jonás. Me incorporo, efectúo un último intento y consigo a duras penas rescatar una página toda lánguida por el agua…

La encontré allí sin buscarle y porque llovía torrencialmente;

la vida es, a fin de cuentas, una encrucijada de atajos y ladeos.

Tiempo después reintegro a la biblioteca *La muerte de Narciso* de Lezama Lima y en una distracción del bibliotecario me tumbo *El color del verano* de Reinaldo Arenas; me formo mayéutica-retóricamente y, en cierto punto, estoy entretejiendo una soledad que sobrellevo sin excesiva jactancia; tampoco me jacto lo sé de sobra, como a su tiempo lo supo Bolaño, acerca de esa novela juagira que no tendrá cómo regresar a su antiguo estante oficial. Con ella ya son nueve las novelas perpetuadas a mi autoría.

Me disponía a iniciar su lectura cuando llaman a la puerta. Abro. Allí de pie sosteniendo una pila de libros, firme y frío como un iceberg, esta Maciel; como un iceberg que evidencia lo ínfimo y reserva bajo un velo de misterio lo descomunal

para un tiempo y espacio acaso más pertinente o también más nefasto.

—¿Puedo pasar? —aclara compungido.

—¿Aún tienes más por decir?

"Sólo vine a disculparme…y también a traerte los libros que no te llevaste" ensaya un mueca de gracia y los posa en mi mano. Sin aguardar una réplica se voltea, da unos pasos extraviados por la vereda, parece bendecir con una mirada la amarillenta luna llena que le hace de cómplice.

A unos metros se detiene en seco y al voltearse expone el rastro brilloso de algunas lágrimas recién rodadas por sus mejillas: "¡Discúlpame Darío! De andar entre tanto cretino todos los santos días a uno se le dificulta en los momentos más necesarios diferenciar con claridad a aquellos que valen la pena. ¿Podemos seguir siendo amigos?"

—Si te parece y dispones de un tiempito, el fin de semana te acerco un material sobre el que ando borroneando para que lo explores y, de seguro, me aconsejes sobre él.

Despierto y, desde mi lecho, tomo un libro de la pila sobre mi mesa de luz del que Maciel no había mencionado palabra ni menos recomendado, pero que deliberadamente parecía encontrarse en la cúspide de la pila con su portada hacia abajo.

Se titulaba *Blues del último lumpen indiscreto o Manifiesto de la desnudez oriental.*

Una de sus páginas estaba señalada con un trébol de cuatro hojas recientemente arrancado.

En aquel instante tuve la impresión, (asaz vívida), de llegar hasta ella como si llegase hasta la entrada misma de un laberinto cretense del que ya había tenido noticias referidas a su atroz circularidad.

Abro la página y hojeo entonces el nombre del poema de la página marcada:

"Aquí (sobre) vivió también otro Reinaldo Arenas".

Un frío súbito me recorre la espalda y asciende hasta la nuca. Continúo leyendo:

“Tu y yo estamos condenados” advierte con cadencia de gong Maciel Reyes y escruta de paso una página de algunos de los volúmenes, (posiblemente *El palacio de las blanquísimas mofetas)*, de Reinaldo Arenas…

LUMPEN ORIENTAL

"Soy un lumpen de platino fino. Otro espécimen de diablo de Tasmania crispado ante las circunstancias adyacentes, nada peor ni más ideal que ello..." sentencia póstumamente Gustavo Escanlar. Ayer en la mañana convencí a mi mujer Mirta embarazada y a su hermana Laura para que me acompañasen hasta los escalones de la entrada del Cementerio del Buceo en Montevideo. Allí no había jazmines de por medio ni creo que al "Gordo" Escanlar le hubiesen hecho falta ahora que no está entre los que aún respiran, sudan, sonríen, mienten, defecan, cogen y lloran. Permanecí durante algunos minutos de pie con su "Grandes éxitos, un cuento y una despedida" en mi mano frente a su tumba aguardando a que en algún intersticio de epifanía sobrenatural Gustavo quebrase, desde el claustro interior, con un puntapié certero la tapa de mármol que lo retenía. Nada de eso sucedió y cuando al fin el cielo se encapotó por completo, oscureciendo los nichos, cruces, ángeles y coronas decidí marcharme y dejar descansar en paz a Gustavo.

—¿Ya está? ¿Lo encontraste?

Sí, digamos que seguía donde lo dejaron y mientras enciendo el vehículo pienso "sí, ya está, está todo fregado realmente"; o al menos por este paisito, colonia de la ramplonería y parasitado por chantas y fantoches de poca monta. Uruguay no dejó nunca de asemejarse a una Suiza, es cierto, pero una Suiza del Congo Belga, vulnerado, en un catártico acto que incluye la retrospección, por una abrasiva grey, (pongamos el Estado), que con creces persiste en mantener aceitados los

punzantes engranajes de una maquinaria que sostiene o carga el fardo de medio país de empleados públicos, pasivos y jubilados muertos de hambre, vendedores de garrapiñadas, hurgadores e indigentes sin empleo o "acomodacoches" que vienen a pertenecer casi al mismo género. Seudoartistas dramáticos, literatos, musicólogos, paisajistas con spray... pathos-gregarios por doquier y también de aquellos otros "artistas" consagrados con excelsas cuentas bancarias que sesionan y derogan leyes arrellanados hasta quedarse adormilados con sus mondongos en los amollinados sillones del parlamento, soñando prioritariamente perfidias con aquella acompañante escort pelirroja que le recomendó en el lavabo el opositor del partido durante el intervalo del debate por la aprobación de otro nuevo y vano plebiscito por la baja de imputabilidad. Una pandilla pedestre de leguleyos profesionales adoctrinados en la más profesional demagogia. Docentes, policías y médicos infravalorados y peores remunerados. Bienvenido, me dijo con soberana razón Escanlar, a la caca de mosca por sobre el vidrio resquebrajado y sucio de Latinoamérica. Bienvenidos amiguitos, digo yo, al país de las mil manifiestas facultades y oportunidades de emigrar, abandonar y huir sin echar la más pía mirada hacia atrás; no sea que te acontezca lo que a la mujer de Lot ya en las postrimerías de Sodoma... El neouruguayo del mañana coyunturalmente se asemeje más a algún extranjero reticente en reconocerse en el extremo inferior de las ramas de una genealogía charrúa o aún criolla que a la postre impugnará, (tocándole fuego si existiese estampada sobre un papel), en la primera oportunidad que se le presente; no obstante lo hará oponiendo resistencia a la pronunciada tendencia a tomarse demasiado en serio a sí mismo y muy poco en serio a su ocupación habitual cualquiera sea esta, bogará por representarse de alguna manera más como un "personaje" que como mera persona. Alegará desconocer, (ni pretender cono-

cer a futuro), tradición alguna que incluya apologías de luchas ecuestres de divisas partidistas fundadas en una universidad que promueve y se sustenta sobre los intereses mezquinos de algunos pocos anónimos resucitados a los que el populacho envistió "en sentimiento espontáneo" de bravos caudillos o próceres a falta de una charada criolla más pertinente y menos tajante... Desconocerá infusiones herbáceas humeantes servidas en cuyas de nativos erradicados como peste; domas equinas, yerras u otras juderías mestizas; sanguíneas,(cuando no sanguinarias), disputas futboleras; drogas legitimadas por ganapanes mandatarios de paso; inacabables incursiones carnavalescas o candomberas..."uruguayadas" por doquier...

El neouruguayo será por sobre todas las cosas, un lumpen trasterrado sí, embestido de un desamparo tan indómito como la noche que lo doblegará hasta diluirlo en el reflejo imperturbable de un exótico mar egeo. Y allí, en el azogue de la ribera, sin pampero, sin cruceras que se mordisqueen su propia cola, sin octavas ni lanza de tacuara a la que aferrase, ha de fenecer tan leve como un adagio, sin que nada, nadie y ninguno le rememore quien pudo haber llegado a ser en otras lejanas latitudes y calzando un par de zapatos de otra talla y suela. A fin de cuentas, cada individuo es, tras un acicate de gracia, también un himno destruido.

EL OJO AL FINAL DEL POZO

(Ante el pozo)—"Se pronuncia cuáchara" explica Sandro Limo Ore de pie ante su biblioteca ecléctica, aunque a él mismo un apellido como "Lima" le hubiese sentado mejor, puesto que era peruano. No recuerdo cuando me masturbé por última vez, (aunque la broma sentencia que "uno tampoco se masturba por última vez a no ser que haya alcanzado el punto fiambre-flácido"); y aunque mi cerebro se pliega y despliega como una persiana isleña sacudida por el viento de una tempestad verdaderamente "Verneana", más me convendría fugarme, en este instante, de este texto; aunque haré, fiel a mi "visceralismo", efectivamente lo opuesto. Incitaré de reojo a la memoria que es, para ciertas profundidades, o cuando le conviene, corrosiva hasta el tuétano:

Pues cuáchara denota amistad, pero cuátara una gran amistad, como una hermandad. Y porque eres mi cuátara no tengo escozor en decírtelo: no poseo dotes de fileno pero alguna noche cancerbera en la que densas columnas de humo a opio o a marihuana se han elevado como una cordillera y nuestros brazos y hombros embadurnados en aceites y sudores infernales relucían a la luz de un neón de oprobio, he conseguido vislumbrarlo impunemente.

(Descubre la tapa)—Así como nadie debería ser procesado por hurtar flores o libros, tampoco debiera dejar de fiarse de la cordura emulsionada en el discurso de un "falopalumpen" como yo, únicamente por ser yo. Abandona su lecho furtivamente, de noche, cuando su familia duerme en la candidez de una alcoba que ha empezado a detestar hace meses

interminables, ya insalvables. Termina de acordonar las botas en el asiento trasero de un taxi de cuyo chofer confunde con tan ininteligible destino. Finalmente aparca en el límite, en el remoto escondrijo de la nada; apenas una luciérnaga serpenteando en la oscuridad, como una bombita de luz a punto de fundirse, y de hecho, cuando se encamina hacia ella guiado por un instinto bovino, humea y se oscurece, pero ya se encuentra allí de pie. Todavía cavila y decide abrir la puerta roja sin llamar. Penetra al delicioso espanto en la misma forma que un gusano a la carroña a la que no puede, ni debe, dejar de pertenecer, de rebrotar. Este es su karma, su limbo personal; él es buenamente una especie de alter ego de un querubín hambriento y depravado perdido una noche cualquiera de febrero.

(Inicia el descenso)— "Good nigth, my friend"; se dirige de pasada al robusto portero que es negro e inmigrante ilegal y que nunca acostumbra a replicar saludos.

"Tinto de mierda, en su caso particular bien debiera ser un pleonasmo", impreca para sí en tanto las cortinas de satén rojo parecen las avivadas llamas de un infierno flameando por el extenso corredor entre las emisiones de ventiladores, gemidos ininteligibles de dolor y placer y chasquidos de palmadas secas o latigazos en nalgas y lomos, pedos fugados tras dilataciones anales y penetraciones taladrantes sostenidas por emulsionantes aceitosos.

"¡Bienvenido a casa amigo Darío! Llegué a asociar tu ausencia con un cáncer repentino y su excusable suicidio". Isabel, lo toma con el brazo que no ocupa su bastón y avanzan cansinos por el pasillo. "Es verano, entenderás que ese es el verdadero motivo de que haya desaparecido todas las puertas y dispuesto el vistoso cortinado".

Tras la primera cortina, una pelirroja con un atuendo de Virgen María, a la que le han quitado una peluca rubia, previsiblemente practica con ávida concentración una felatio

a un octogenario calvo que, casi yaciente, le implora desde el catre que se detenga o sé dé prisa porque le parece que no le es suficiente la ventilación para airear sus congestionados pulmones. Posa una mano venosa y raquítica en la vacilante nuca, la mujer emite dos o tres glup, glup, se atraganta con su miembro mustio y, cuando menos se esperaba, lo desliza milímetro a milímetro fuera de los carnosos labios pintados, relucientes por la saliva entremezclada con esperma. "Ese Don Abelardo. Cualquiera de estas jornadas lo perdemos en un "hay". Y entonces ya me verás por enésima vez rodeada de clientes y exclientes uniformados tomándome sobriamente otra declaración judicial como si nunca me hubiesen visto cobrarles o mamárselas. Montonera de putos. Putos azules, botones, bisexuales, reprimidos, sometidos todos por sus esposas, maricones con pistolas de fierro y placas de ojalata. Mira lo que son las cosas...Papá fue policía, mi madre lo engañó toda su vida con sus superiores y sus dos únicas hijas terminaron de meretrices." "¡Bárbaro resumen Isabel! Mejor no indagar más."

La segunda cortina, deshilachada, rasgada y apenas sostenida. Del otro lado se aprecia a un tipo albino siendo sodomizado por un bien dotado y fornido moreno. A los pies de la cama, echado sobre las ropas personales, un pastor alemán lame beneplácitamente sin cesar la vaselina que el negro chorrea y hace correr con sus embates desde el lampiño y casi femíneo culo del albino hasta el tobillo izquierdo de este.

"¡Más adentro! ¡Castiga mi esclavo! ¡Vamos, castiga sin temor!"

"Do-re-mi-fa-sol-la-si-doooooooo...".

La cortina que sigue se muestra reluciente, incólume parece flamear desencajada en el ámbito obsceno. Desde la pieza se perciben gemidos apagados, como sofocados por alguna mano pero acompasados por un vertiginoso trac-trac-trac de

los resortes del castigado catre que soporta vaya uno a saber la excitación coital de una pareja que Isabel tampoco revela ni explicita como en las anteriores habitaciones: "No querrás saber los pormenores tras una de las mejores cortinas". "No, por supuesto que no. Dejémoslo así."

Sujetos, asidos a la cuarta cortina, con medio cuerpo de afuera dos esperpentos adiposos con cuerpo de mujer se demoran en entretejer sus lenguas de iguana y los veinte tentáculos que poseen por dedos en una lasciva danza que remite sin esfuerzo a ciertas reminiscencias de un aquelarre hierático perteneciente a una oscura genealogía druida. Entre los amarillentos y velludos senos de los que gotean gruesas gotas de calostro se asoma perverso e infame un carnero amarronado de pérfidos ojos; ¿Belcebú en "persona"? Como sea, el consentido animal no para de relamerse de placer, extasiado y sobado a más no poder, pringado por inverosímiles fluidos corporales que afloran y deslizan y que el cabrío demonio no evita sorber para saciar una sed inadmisible.

(El ojo al final "…no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve.")— Sin duda la última cortina, (plisada), deparaba la cumbre, el corolario de esta cosmogonía de la perversidad y la misantropía. "Do-re-mi-fa-sol-la-si-dooooooooo…" En lugar del colchón, recostada como una mariposa sobre una parrilla herrumbrada, vemos una cruz de madera labrada a fino cincel y reposando en ella una virgen de unos once o tal vez doce años. Se encuentra amarrada de pies y manos, desnuda, con una corona de pequeñas florecillas blancas y embadurnada en miel. Entonces Isabel palmea mi hombro condescendientemente al tiempo que saca y me pasa un frasco de vidrio abarrotado de voraces hormigas rojas. Y, como en una armónica melodía, antes de marcharse con su báculo, reitera: "¡Bienvenido a casa querido Darío!

Ingreso a la habitación, alumbrada con gruesas velas, con

el frasco en las manos. La chica que es rubia abre de pronto sus enormes ojos azules. Veo que tiembla y se le anegan los ojos. Cierro la cortina a mi espalda…

Sandro Limo, mi cuátara, regresa su libro de poesía al anaquel más alto de su biblioteca. Luego me sirve un té de manzanilla en una taza de porcelana azulina de Sévres con tostadas y margarina, sorbemos la infusión con parsimonia y en silencio, como dos aqueos ñoños.

EL PEROL DE LAS LENGUAS BECERRAS

La mandrágora crujió vivaz en el fuentón de lapacho justo cuando al bataraz le crujían las vértebras entre los bellacos dedos de la longeva hechicera. La misántropa lobreguez se vidriaba con el humo en aquel ahuecado tronco de formidable secuoya y entonces el infeliz gallináceo burbujeó en la lava del rojizo perol. Una gota salobre reluce ahora al resplandor del fogón y se despeña por el corvo narizón de la dama infernal hasta arremeter fatalmente contra una verruga gris que la deshace como la ola que da en la roca. Bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja, bruja;

resuellan las crías de arañas desde sus alambres y en un santiamén se confunden en las fauces de su madre temerosa de que la loa suene más a denuesto bajo el anaquel de los frascos de aguachirle y brebajes; igual cumplido dispensa el ennegrecido cuervo

para con la filicida tarántula, aunque tarda menos en posarse con su buche hinchado de hormigas y de gusanos vivos junto a la hechicera. Los bellacos dedos no tardan en escrutar en la biblioteca un enigmático, alucinante y celado grimorio a su alcance: El *Necronomicon*, el *Libro de Thoty*, el de Dzyan y Voynich, *La Aradla* de Leland, *El Culto Diádico* de Murray , el *Libro de las Sombras*, *El Dios Cornudo*, un tomo de los ocho *Sabbats*, *Las Wiccas* de Anargos… y asimismo ninguno de ellos facilita un atajo eficaz para su luzbélica composición.

Alza a la luna roja sus dantescos ojos recubiertos de venas índigas y un alarido que doblega a las espigas y crispa a

las salamandras rastreras que mutan de color y a cuanta rana y escarabajo enlodados sobrecoge.

Se apersona a quien, en la comarca, apodan “Semonel”, el tullido y chamuscado enano centinela del pantano: “Dos lenguas sangrantes de becerras tibias me has de traer”, señala con barroca petulancia la bruja; el liliputiense destella entonces su daga rasgándola en la lisura de una piedra, y ya sin piar sale al fango y a la noche cerrada tal cual surgió sin invocación alguna.

El perol no da a vasto, su estado insulso parece no resistir el hervor sin sus lenguas, tampoco la hechicera, que exhala la agrura de su hálito por la ciénaga y no consiente su propio caudal de sangre esparcido como otras veces por cada recodo vital de su execrable alma parida desde el orbe de una boñiga descompuesta.

Boñiga, boñiga, boñiga, boñiga, boñiga, boñiga.

Las sanguijuelas se adhieren y desangran las pantorrillas de Semonel, a quien parecen reconocer igual por fiero que por desleal, a quien parecen aborrecer por pederasta perverso, por más que los mortales comunes le teman por improvisado antropófago, incluso le compadezcan, sobre todo, por desconocerse a sí mismo en lo intersticios de su saña incurable.

Cuando crío, se supo, conoció de cerca la recreación lasciva de su progenitor de quien fue sátiro como devoto discípulo; instruido con minuciosa pericia en los sabores de la carne vejada, la carne sobada, la carne magullada, la carne sin sangre, la carne tierna, la carne inocente crispada, la carne horrorizada…

Semonel abandona el pantano y al atardecer da de lleno con un patio desguarnecido donde en un vergel la brisa balancea una rosácea hamaca solitaria, rosácea como las flores del jardín de junto en el que la párvula desidia ha abandonado una muñeca de paño blanco que resulta toda una beldad.

Las uñas de Semonel la sostienen y no duda en poseerla allí mismo y desmembrarla finalmente con sus raídos colmillos de vieja hiena; calmo se promete a continuación una atención semejante para con su rosácea dueña quien, en un santiamén, ensayadas algunas crispaciones y gimoteos impotentes provee la primer lengua sangrante de becerra.

Los relámpagos que coronan la noche martirizan al lustroso cuervo que, desde el ramal del vergel, ha asistido al sanguinario prodigio para retornar, en un vuelo raso, al ahuecado tronco de secuoya en donde, con percatarse de su visita, la bruja da por consumada la mitad de su empresa. La tierna lengua arriba desgarrada y tibia para crepitar primero y fundirse luego dentro del vivo perol que parece complacido y trepida como un dragón que fragua su ardiente descarga.

Más allá, a distancia del pantano, la segunda lengua oscila relamiendo otro humeante caldo que, aunque de verduras, entre los labios de su poseedor, pareciese no rehuir

a su protagónica e intrincada suerte, una que pronto claudicará su destello a pompa.

“Incubo, Súcubo, Golem, Daimon, asístanme todos, ampárenme todos, síganme todos”, la invocación resonó en la amplia secuoya y en la pared de madera anudada la sombra de “Wicca” se contorsionaba obscenamente en el preámbulo de una misa negra envuelta en humo y niebla...

¿A qué abusar de los raídos colmillos, ellos no podrían concebir del hondo labio que la templada daga puede sonsacar por sobre la carne de quien circule? cavila por un instante Semonel y, resuelto, descubre el reluciente acero de su vaina de piel pagana y se encarama a las rosas de un gótico balcón.

No hay tardanza, no hay contemplación, mucho menos clemencia para aquellos dos amantes que crispados y sudorosos tras el éxtasis carnal, sobre un lecho con sábanas de satín que reflejan los rayos lunares que traspasan al ventanal

abierto, se ven ahora envueltos en la urdimbre del bailoteo de la hoja sedienta del cuchillo de Semonel

que peregrina incisivamente sobre su lomos.

Uno, cinco, diez…cien labios son abiertos ahora bajo aquel equinoccio y salpican y bañan e inundan la arabesca e infernal alcoba hasta que el sosiego y la quietud se instalan de manera preternatural.

En esta versión purgatoria el lustroso cuervo no ha asistido más que al conjunto de alaridos arrancados póstumamente desde el interior de la finca, al otro lado del balcón y del rosal. El rojizo y risueño rostro de la hechicera acoge una vez más al enano exhausto escoltado por la oscura ave que parece haberse beneficiado con la sobrante lengua

y puede apreciarse cómo algunas gotitas de sangre aún le gotean del pico.

"Has de ofrendarme la póstuma lengua y, en cumplimiento, se te retribuirá indefectiblemente, hasta el ocaso de tus atrocidades, la libertad que no tienes" arguye la bruja extendiendo su prominente extremidad escuálida más semejante a la zarpa de un destartalado espantapájaros.

Bruja, bruja.

Luego de celebrada la misa negra; tras el equinoccio primaveral;

luego de que el perol se resquebrajase y fundiese con sus lenguas;

tras que la secuoya cobrase fuego desde su mismísima raíz

hasta la copa de la que el cuervo despegó para no retornar jamás ;

luego de que los campesinos descubriesen las cenizas de la bruja

rellenando su maloliente ropaje profano;
luego de que la lluvia portentosa asediara sobre el pantano
y la inundación no dejase, como en solemne purificación,
nada por arrasar hasta las inconmensurables fauces del mar;
apenas un rumor sobrevivió y levantó por la comarca,
un rumor inmoral y tímido en un principio vuelto, luego de un tiempo, una temible máxima: "teman a Dios, principio de todo gran conocimiento,
teman al desterrado Lucifer, génesis de la iniquidad circundante;
pero no subestimen, entre uno y otro,
la sutil ductilidad de sus húmedas y rosáceas lenguas becerras..."
Por esta vez, que no nos condenen las palabras.

JHONNY MELGAREJO Y EL VIEJO CARCELERO

¿Hacia qué meta corremos olvidando nuestra alma?
Marcel Proust

Ahora, a pesar de los relámpagos, truenos y lluvia autumnal, calma chicha. Cafeína en exceso lo despabila y agudiza la artritis como un alambre de púas surcándole los huesos blancos, agrietados y resbalosos. El palpitar de su corazón sincronizado con el polvoriento y apolillado cucú del pasillo.

—¡Viejo! Ya lo trajeron.

—¿En cuál celda se aloja?— sin voltearse, únicamente sosteniendo la taza de lata y la mirada sobre el calendario del 96.

—Creo que en la once.

—¿La once? ¿Y entonces que fue de Sergio? ¿Lo trasladaron o volvió a fugarse?

—No viejo, ahora le dio por degollarse con el improvisado filo de una cuchara sopera. La mantuvo oculta en su recto, que también sangraba, durante la última requisa de su última tarde.

El viejo guardia saliva un gargajo en la taza, se incorpora y camina rengueando sobre adoquines humedecidos por las goteras; cree que le vendría bien un báculo. Abre, descorre reja tras reja y una lamparilla cubierta de telas de araña revienta y humea al igual que un fusil vivo.

—¡La puta que te parió!¡ Mugrosa bombita del demonio!

—¿Y con esa misma boquita ingiere bayas dulces abuelito?

Ahora la nueva bestia de la once le sonríe desde su catre desvencijado mientras se frica en ondulaciones el prepucio. El glande le resplandece allí mismo como una gema roja.

—Me hablaron de vos. ¿Sabés?

—¿En serio? Cosas dulces espero.

—Sí. Me advirtieron de tu ponzoña.

—Ja, ja, ja. Al igual que una arañita ¿no te parece?

—Descuartizaste a una inocente de cuatro años Jhonny; yo diría que actuaste al igual que una hiena descocada.

—Bueno veo que no has dejado de aplicarte a tu tarea abuelito. ¡Hay! ¡Shhh…! ¿Y también te explicaron cómo obré en ella después de enfriársele los miembritos dispersos por el colchón? Me acabé en cuanta abertura descubrí y en muchas otras que improvisé con su carne también. Orgasmo tras orgasmo… Imaginate, una verdadera locura vejete.

—Y aún continúas divirtiéndote en grande ¿No es verdad pequeño—gran Jhonny?

—Ja, ja. Dirás que exagero, pero comienzas hasta caerme simpático “arruguitas”. Es cierto, apenas estoy empezando mi “big party”.

—Y ya que siempre reservas una ingeniosa respuesta para todo, pequeño-gran Jhonny déjame que te haga una simple pregunta: ¿sabes lo que es una dilatación?

—¿Disculpa? No entiendo a qué te refieres.

—Sí. Una maravillosa dilatación pequeño—gran Jhonny, como esas que se consiguen apreciar en los partos de trillizos o incluso en algunas pornos baratas en las que todo mundo se embadurna de lubricantes.

—Me parece haber escuchado el término, pero no sé por qué yo lo asocio con algo que tiene que ver más bien con los ojos o la mirada.

—¡Ja! ¡Sabía que no me defraudarías Jhonny! ¡Te acercaste bastante! —celebra con un espontáneo aplauso el carce-

lero. Y el recluso lo imita con precisión triunfal.

—Bueno, permítemelo explicártelo pequeño-gran Jhonny. En el momento justo de nuestro nacimiento la sabia naturaleza ensancha el canal de parto de nuestra sagrada madre para que podamos atravesarlo, abandonar su vientre y dilatar al unísono nuestras pupilas ante la luz que da por vez primera en nuestro rostro crispado de incertidumbre y horror.

Muy interesante e instructivo vejete interrumpe. ¿Y qué con eso?

—Aguarda Jhonny. Aún está por venir lo mejor de la disertación. Escucha esto porque resulta ser lo más importante de todo cuánto he tratado de explicarte, y además te ayudará a comprender el mecanismo y funcionamiento de la tercera ley de Newton.

—Pfff… Empezaste bien pero ahora me parece que te desmadraste como el mejor anciano.

—No, no. Al contrario pequeño-gran Jhonny. Supongo que debes haber escuchado del físico británico Isaac Newton.

—Por supuesto viejo, puedo ser un criminal, pero no un ignorante cabeza de calabaza ahuecada.

—De acuerdo. Entonces has de conocer la tercera ley de Newton.

—Púes fíjate que no me la sé. ¿De qué se trata toda esta pantomima vejestorio absurdo? ¿Acaso intentas tomarme el pelo o estás caliente conmigo? ¿Te excita escuchar de lo que puedo llegar a hacer cuando me alzo? Ja.

—No pequeño Jhonny. Nada de eso. En realidad, te estoy brindando mi humildísima asistencia.

—¿De qué asistencia me hablas? Creo no necesitar de tu asistencia para nada. Me sé valer solo, créeme anciano impotente.

—Sí te creo Jhonny. Pero si te fijaras mejor, si pudieses captar las cosas con más minuciosidad te darías cuenta que

lo único que he pretendido desde que me acerqué a ti es prevenirte de la banalidad del hombre ante la inescrupulosidad de la fuerzas de la naturaleza, en este caso, precisamente de la grandilocuencia de la física.

—¡Vete a la mierda vejestorio inservible! Te diré lo que puedes hacer con la grandilocuencia de tu puta física.

—No hay necesidad de que seamos groseros Jhonny. Únicamente, antes de dejarte solito en tu celda, quiero contarte que, si te fijas bien, las dilataciones a que nos hemos referido bien pueden ser también una consecuencia evidente de la tercera ley de Newton. ¡Hey! Acércate Jhonny, voy a decirte un secreto.

—La ley de Newton —y entonces el prisionero inhala por primera vez un hálito ácido en azufre expelido desde la boca reseca del carcelero que permanece a centímetros de su rostro— la ley de Newton explica resumidamente que para cada acción existe siempre una idéntica reacción, y con ello al fin te estoy diciendo, mi pequeño-gran Jhonny, que si bien podría ser el abuelo de esa desventurada criatura de cuatro años que edulcoró tu barbarie durante la hora que duró su agonía y más, no lo soy de ninguna manera. Tampoco me haré cargo de tu castigo Jhonny, ni desenfundaré el arma cargada que tengo oculta en mi chaqueta. No. Eso sería sumamente previsible, al igual que un "cliché" de lo más barato y corriente mi querido Jhonny.

Y recién al escrutar en los huecos negruscos donde debieran estar puestos los globos de sus ojos, el presidiario Jhonny Melgarejo, constata la verdadera fatalidad de su circunstancia.

—Te he reservado el protagonismo de la mejor fiesta-"party" de tu vida mi pequeño-gran Jhonny. Y para ello he invitado a "Seco" y sus "amiguis" del pabellón de alta seguridad para que apliquen sobre tu despreciable existencia la

inescrupulosidad del principio de la tercera ley de Newton.

Entonces, en un acto de conmiseración desmesurada, el viejo carcelero retira la llave maestra de la celda de Jhonny Melgarejo, con idéntico sigilo con que anteriormente la retiró de los cerrojos de todas las demás, voltea su cuerpo como un autómata sobre sus huesos lesionados, escupe un verduzco gorgojo y su silbido se distorsiona primero para esfumarse luego, bajo la penumbra de las bombitas del corredor quemadas, entre los desmoralizados alaridos y jadeos de Melgarejo que no cesa de ser arremetido impíamente por una invisible jauría de hienas voraces que se pechan por no quedarse aparte de tamaño festín…

"¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía…eres tú" —emite alguno de la barbarie.

AVANT-PREMIERE: DIOS A FLOR DE AGUA TURBIA

Dios + Dios = Cuatrio
Nicanor Parra

/unté a dios en la rugosa coronación de una tostada ennegrecida y crujiente como una rama de acacia seca/ lo sorbí edulcorado/ cabizbajo y en silencio/ bulló sin más en el espesor naciente de mi capuchino hasta ascender entre una nube de vapor hacia el crepúsculo matutino/ esto me complació y asimismo me produjo una volcánica acidez/

con el siamés arrellanado y ronroneando sobre mi regazo/ leí de su novedosa hazaña en la sección policiales del periódico del día/ esta oportunidad se encaramó en la prolongación del bíceps siniestro de una ama de casa/ que por celos castró la infidelidad de su marido con unas poderosas tijeras de podar/

reconocí a Dios ni bien traspasé la puerta de mi casa en el rostro mugroso del indigente que se apartó por un instante del mosquerío de su porquería para socorrer a una anciana/

una anciana que el taxi que me trajo embistió frente a la iglesia al igual que a una palomita/ como era de esperarse/ Dios no estaba en el sacerdote que a regañadientes tomó mi confesión/ pero si en los parroquianos que sin persignarse pedían por que amainasen las turbonadas delictivas copadoras de hogares constituidos/ para que el gobierno de izquierda fuese con tacto menos izquierdista/ para que la derecha fuese derecha al fin y para que el presidente y el papa claudicasen

sin pena/ demagógicamente al unísono/ sin culpa/ sin responder a su verdadera esencia/

"padre: soy un monumental fracasado"

"¿por qué lo afirmas tan categóricamente hijo?"/

" porque no he encontrado el momento oportuno para inmolarme"/

"¿y eso acaso significa que eres un monumental fracasado?/

"no hay duda al respecto padre porque es lo que en verdad merezco"/

"si contemplásemos por lo mismo el asunto entonces todos nuestros hijos acabarían desmadrados y despadrados por doquier"/

conforme/ aunque ahuecado como un carozo que sólo zumo reserva/ huí espantado de aquel sitio abominable/pensé y repensé en Kant/

aún llovía al salir/ caían las gotas sobre los peldaños/ sobre mis entrañas más palpitantes y rojizas/ quizá después de todo dios no me aborrezca tanto como pienso/

no al menos como yo a él/ pues ya me hubiese aplanado sin contemplación/

sin piedad/ intrínsecamente lo sé/

me aplastaría con su imponderable huella descalza/ al igual que a una bosta humeante/

yo/ por mi parte/ lo movilizaría primero/ luego lo haría desovarse con dolor de mi vientre estreñido/ finiquitando el proceso hasta dejarlo boyar en la quietud hervida del fondo de un retrete/

mañana del lunes/ arribo al centro educativo/ a mi aula de docente circunspecto/

desarraigado/ de haberes reconvenidos/ debiera instruir a mis superiores/

para que exorcizasen su aura "institucionalizada" o bien

desapareciesen de mi vista/

que erradicaran al dios que les pondera madrugar/ viajar como mulas/ postergar a sus hijos/ a su verdadera persona/ para regocijarse en el paroxismo de la algoritmia/

de la mayéutica y la filogénesis…/

un día de temporal invernal vislumbré a este dios bullente en las bolsas roídas/ folios amarillentos de orín y plásticos resquebrajados/ arrastrados entre maderos podridos/

hojas secas y verdes separadas de cuajo de sus gajos y estos de sus árboles/

lo descubrí bullente en una sola baliza/ equilibrando su lastre sobre los lomos inertes

de un centenar de ratas ahogadas que navegaban junto a todo lo demás por el Yabebirí inundado/

me di de bruces contra el rostro de Dios y del oncólogo adusto que me explora el recto y se explaya acerca de la sangre en mi orina como de la metástasis que me apartará definitivamente del texto literario y su antagónico producto editorial/

de mi progenitor dipsómano y sombrío que perecerá/ pero siempre después de mí/

del sometimiento de mi madre que nunca supo padecerlo ni lo sabrá/

del traca-traca de la máquina de coser en la que mi mujer se afana cada noche sin mesura para contrapesar los gastos diarios de nuestra manutención/

de bruces contra las teclas silenciosas y desgastadas de mi computador/ que han recaído en la elegía de despotricar el nombre de este Dios de dioses/ lo mismo que el del padre/ el hijo masacrado y su espíritu santo levitando/

por los siglos de los siglos/

donde los últimos serán los últimos en ese reino de daltónicos celeste

UNA LECTURA DE HÉCTOR BAPTISTA

"Por lo pronto ensayo, sin ponderar la misantropía, no participar de conglomerado humano alguno" reitera. Esparce con un escarpín el polvo que embadurna las cubiertas de algunos tomos de segunda mano de Bolaño adquiridos tal vez por canje en Mendoza, Buenos Aires o en Montevideo. "En San Sebastián de la Pedrera me siento en mi orbe" prosigue. Las primeras gotas del verano 2018 revientan y esparcen sobre la techumbre de su flamante "cabaña" anclada en el suelo arenoso en el que se yerguen eucaliptos, acacias, pinos y algún que otro transparente en flor.

"¿Vas a necesitar un poco de la emulsión de cannabis? Te va ayudar más que el tilo a someter en algo esos nervios tuyos mi amigo" y se arrellana en la hamaca paraguaya artesanal. Y yo: "Aunque estoy mejor, la voy llevando como puedo". Bebemos unas maltas heladas enlatadas bajo el frescor del barandal. "¿Cuándo piensas dedicar un ensayo acerca del Tercer Reich? Ya es hora de abordarlo." Y él: "Apenas me aborden la inspiración con la voluntad para hacerlo. Es un libro magníficamente oscuro. Cuando me devuelvas *La Universidad Desconocida* es todo tuyo" me advierte dirigiendo la vista a su biblioteca manufacturada del interior.

De una manera casi imperceptible oscurece y platicamos de mediocridades y bizarrías ajenas y propias, ¿por qué no? De mujeres sonsacadas de la memoria y de algunas otras que navegan descalzas y con blusas transparentes salpicadas por las crispadas olas de los sueños (pesadillas sórdidas); de erecciones y eyaculaciones autumnales y solitarias sobre azulejos

de sanitarios públicos u hospitales; de extensas peregrinaciones o excursiones sin equipaje, sin documentos ni efectivo; de animales rescatados y arrollados en las rutas y autopistas federales; de los gobiernos fariseos y mezquinos que nos asolan y degüellan como reces palurdas; de todo cuánto nos provee la clandestinidad, (que también es otra forma de libertad); de la "poiesis" barroca y de la cubanidad (por momentos), técnicamente intraducible de Lezama Lima que a Héctor abstrae del sueño y perturba de sobremanera: "El esmero que deposito en abordarlo naufraga ante el fastidio de no alcanzar a comprenderlo cabalmente" explica sacudiendo los restos de malta de su lata… platicamos más…los premios anodinos de concursos literarios más anodinos aún; acerca de los vanos envíos de manuscritos a editoriales capitalinas como extranjeras y de sus reiterados rechazos condescendientes. "¡Cuánta perspicacia emanaba Goytisolo cuando ponderaba la defensa del texto literario ante el producto editorial! Al parecer somos pocos solventes para el sistema literario capitalista. Dame un instante. Voy al baño a evacuar."Y él: "Ve con Dios". Llama a Keisy, una perra cruza de collie que le acompaña con su cojera desde que la rescató del raquitismo y la sarna. El ahora lanoso animal se le echa en el regazo como una hija malcriada.

"¿Te apetece cenar? Tengo un delicioso cebiche del mediodía." Y yo: "Te lo agradezco, pero debo marcharme. ¿Qué te parece si vengo por aquí el fin de semana y preparamos algo de eso?".

Y él: "Me parece una buena idea. El fin de semana entonces mi amigo…".

Sin pena ni tampoco gloria alguna, es fin de semana y voy a su encuentro. Camino hasta la puerta de vidrio corrediza de su "cabaña" y leo la nota adherida al cristal: "Darío, excúsame por la eventualidad. Resulta que me telefoneó Gustavo Wojciechowski de la editorial Yaugurú; me anuncia su

decisión de publicar mi novela *Vuelta de Campana* y me envía algunos ejemplares de muestra desde Montevideo por encomienda. Tuve que ir a por ellos. Si tu paciencia se sobrepone a tus nervios me puedes aguardar un rato. Ponte cómodo en la hamaca y no te preocupes por Keisy que ya te reconoce bien. De regreso paso por la escollera por algunos pececitos para el cebiche y también por el campito de un allegado a por unos hongos nutritivos que pienso convertir en ensalada o conserva. Podemos, luego, platicar sobre Reinaldo Arenas y de su mecenas Lezama Lima… Asunto aparte, cuando gustes me hago de un tiempo, pospongo el despacho de libros, y les corto el césped a ti y tu mujer…por cierto, Lezama Lima me sigue resultando todo un enigma. Gracias hermano." Héctor "Toto" Baptista.

Sonrío sin sujeción, Keisy me escruta con su hocico y parece sonsacar la amenidad guardada tras mi expresión. Me arrellano en la hamaca paraguaya de Toto y, en tanto la perrita estampa las huellas de sus patas en la arena húmeda al perseguir con todo el candor del mundo a una mariposa multicolor, escucho el bramido del mar con el brío de un Kraken a la distancia.

LOS GATOS HUÉRFANOS O UNA TEMPORADA DE FE

Piensa que tienes un mérito, si te las arreglas solo.
Se te tendrá en cuenta.
Cesare Pavese

Cuando niño, mientras estivaba una pila de troncos de eucaliptos trozados a hacha, dí con uno en la cabeza de un pobre gato blanco que jamás se imaginó acabar de semejante forma. Infortunadamente el felino se atravesó tan de improviso que, para cuando me percaté de su presencia, el madero ya se había desprendido con fuerza de mis dedos y este avanzó cortando el aire hasta impactarlo en la cabeza y fulminarlo. El gato efectuó asimismo algunas contorsiones nerviosas, como un postrer reflejo y cuando dejó de hacerlo afloró de su hocico una considerable hemorragia de sangre que le embebió el pelaje de rojo. El rigor post mortem la abrazó, (era hembra), en un santiamén y terminé sepultándola, como quien entierra un peluche mojado y pesado, en un campo lindero. Al día siguiente, cuando devolvía la pala a mi abuelo, este se encontraba acuclillado ante una caja de cartón de cigarrillos dándole leche tibia con una vieja mamila a cuatro crías de gato. Los cuatro eran tan blancos como la nieve.

—¿Y esos gatitos?

—Los halló tu abuela en la madrugada maullando entre sus macetas del jardín. Y aquí los alimento porque me parece que su madre es una desmadrada que ni bien parirlos los abandonó para seguir en celo con otros gatos.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Encontrarles un hogar en donde tengan mejor suerte, por supuesto. ¿Quieres uno?

—Uno no, me los llevo a los cuatro abuelo.

—¿Seguro? ¿Y si tu madre no los acepta?

—Los va aceptar al menos por unos días en tanto les encuentro un dueño. Va a resultar más fácil que yo lo haga antes que tú abuelo. Tengo varios amigos que pueden ayudarme. ¿Me dejas intentarlo?

—Está bien. Llévatelos con caja, mamila y todo. Después me informas si tienes éxito. De lo contrario regresa con ellos y ya veremos qué resulta. Lo importante es asegurarse que los pobrecillos se encuentren en buen estado.

En efecto, con toda sinceridad de espíritu, en cuanto hube asumido el compromiso no tuve más que errar con los felinos, (cuyos nombres: Bepo, Sacristán, Proteo y Macedonia apelaban a célebres gatos, o mejor, a gatos pertenecientes a celebridades), por las casas de mis amigos en un inicio, la escuela y el vecindario más tarde y en un esfuerzo desmesurado finalmente lo hice recorriendo unas cuantas calles de la ciudad en busca de un par de manos y un corazón piadoso que acogiera a aquellos simples gatitos huérfanos. Rechazados tanto por conocidos como por desconocidos devolví la caja de cartón de cigarrillos a mi abuelo con los mininos dormidos en su interior seguramente tan extenuados, (o desmoralizados tal vez), como yo.

—Ahora vete a dormir, has agotado todo cuanto se encontraba en tus posibilidades —me dijo abuelo palmeándome el hombro. Sin meditarlo, seguí como un autómata su consejo. Aquella noche soñé con un multitudinario ejército celta que, avanzando en la profundidad de una noche sin luna sobre un indefenso y humilde poblado que dormía a orillas de un lejano mar, llevaba a cabo el infructífero ejercicio de una masacre sin

par. Al atentado sobrevivieron, únicamente, cuatro gatos de pelaje color luna que una joven aldeana alcanzó a escabullir en el interior de una tinaja húmeda de greda roja.

No veo más, pues en esta parte del sueño un estruendo me despierta al amanecer del día siguiente. Me levanto y dirijo a la cocina, descubro a mi madre recogiendo en cuclillas los fragmentos de una fuente y trozos de carne esparcidos por el piso acabado de trapear. Su rostro no es el esperable ni tampoco el mejor.

Siento haberte despertado así me dice incorporándose.

—No es nada, ya era hora de que me despertase de todas formas. Tengo que ver los gatitos.

—¡No! ¡No vayas ahora!

—¿Por qué no?

Parecía haber estado aguardando esa pregunta como inevitable y al mismo tiempo devastadora; acabó por derrumbarse con un aire de abatimiento en su silla de cardo.

—No debes ir a donde el abuelo porque fue requerido por el régimen y eso es algo tan serio y peligroso que debemos respetar los tiempos de resolución de su caso.

—¿Y abuela?

— Ella se encuentra bien, ahora para en lo de su hermana Gertrudis. En unos días podrás acompañarme a visitarle. ¿Me prometes que seguirás lo que te he dicho?

—Lo prometo.

Para la tarde ya había atravesado el pórtico de la casa de mi abuelo.

Lo encontré, inesperadamente, arrellanado en su silla de siempre, como en un *deja vu*,

lo encontré ante una caja de cartón de cigarrillos dándole leche tibia con una vieja mamila a dos crías de gato. Los dos tan blancos como la nieve.

Y aunque evidenciaba algunos signos de golpes en el ros-

tro le vi apacible, más apacible que nunca, percibí un inconcebible dejo de felicidad en aquella nueva gestualidad.

—¿Qué te ocurrió abuelo? ¿Cuál es la gracia? ¿Por qué hay únicamente dos gatitos? ¿Y los otros dos? ¿Estás solo?

Abuelo dejó de existir al año siguiente de este evento, fulminado por un infarto de miocardio. Lo encontró mi madre derrumbado como un viejo y apartado gladiador sobre los narcisos y lirios de las macetas hecha pedazos de la abuela, su mano diestra apretaba, en lugar de una daga, el mango de una asada. Dos son los recuerdos más indelebles que conservo de aquellos días. El primero una sucesión de imágenes de Abuelo leyéndome *La Ilíada* al resplandor del fuego de una estufa a leña en la que calentábamos y recalentábamos el café en vacaciones de invierno, enseñándome a sembrar y a cosechar en su huerta, a afeitarme con navaja y espejo, a ejercer la prudencia con los dictadores de turno pero rehuyendo a cualquier pusilanimidad de espíritu como forma idónea de resistencia. El segundo es su testimonio acerca de su prematura y, en definitiva, agraciada liberación. Esta tiene que ver con la detención del abuelo como plausible elemento perturbador o subversivo para el régimen de facto imperante; tiene que ver con una "cuidada" golpiza en las instalaciones clandestinas del régimen de la que poco se le sonsacó; tiene que ver con la escurridiza y, en una buena, pícara hijastra del Teniente Sánchez Schiavo que, por consentida además, aparece como un inesperado espectro en la escena reclamando a viva voz por el cumplimiento de la promesa de obsequio de un gato blanco con motivo de sus santos. Tiene que ver, por último, del indulto y devolución del abuelo convida, del insondable aura que en ese momento lo cubrió de fortuna y acabase devolviéndolo a su hogar con los dos gatitos restantes. Ya no recuerdo cual de los dos, si Bepo o Macedonia, condujo a mamá maullando a través del patio húmedo hasta el rincón de las macetas donde yacía, resguardado por el otro felino, Abuelo.

PODRÍA SER YO, POR ENCIMA ALGUNA DEIDAD, PERO (IMPERATIVAMENTE) ERES TÚ.

No podría ser este Atlántico ni sus navíos de lastre recortados en la lontananza del postrer crepúsculo de abril, con sus corrientes cálidas rebosantes de espuma, bordeando esta isla hasta el oleaje de la costa azul que sesgan, al colapsar cada tormenta, los dionisíacos surfistas extranjeros que diviso desde un peñasco monumental del cual dan ganas precipitarse para pasar a formar parte del paisaje, aunque más no fuera como una mancha bermeja boyando a la deriva, arrastrado cual escombro desprendido de un navío hacia la espaciosa nada. No he consolidado, hasta la fecha, jornada más ideal que aquella.

Tampoco podría ser, (digamos en un cenit extremo), aquella cadena de sierras moteadas de islas de eucaliptos colorados, plantíos de pinos y frutales autóctonos mecidos todos como lunares por las brisas vírgenes del norte que cuando mudan hacia el oriente tienden a espantar bandadas negruzcas de golondrinas que no hacen más que elevarse y esculpir en la altura un rostro, (posiblemente el tuyo), de "querube" bajo los esbirros imperturbables de temporada. No ha sido el dios de Abrám, ni Júpiter, ni tampoco algún demiurgo caprichoso el artífice de semejante retrato viviente… ¿Quién entonces?

Menos serían los extensos valles recubiertos de violetas y tréboles bicolores con cuatro hojas que no arranqué de adolescente para abandonar entre las páginas de un volumen de Sarduy; o los vivos rosales entremezclados con las fritilarias rosáceas de las cuales beben abejas y algunos escasos colibríes

sedientos, pues ellos surgieron de la nada misma ornamentados por la pérgola de un arco iris que presagia limpidez próspera…en hora buena, los amantes, sudosos y agitados aún, se apartan en un símbolo predestinado a cumplir hazañas nobles e impías; su humanidad, por separado, poco importa, y acaso no valga un céntimo apócrifo ni anacrónico… Podría ser yo, por encima alguna noble deidad, pero (imperativamente) eres tú. Te conozco, te adolezco como a una yaga fresca y pútrida, como a un ínfimo leviatán que me tensa y orada las vísceras malolientes, abriéndose paso sin sigilo hasta mi turbado cerebro primero, luego sé que te encaminarás instintiva abominablemente… vendrás sin avisarme a por mí corazón de tibia seda que pende como un capullo de alevilla. Te conozco, y sé que lo has hecho en otras circunstancias, respondes a una naturaleza que maldijo mi genealogía.

Ahora de pie, desde el rocoso médano he preferido demorar esta espartana muerte, que se asemeja tanto a una liberación o constatación de finitud y no me apetece cosa distinta que alimentar, como a una gárgola voraz, mi cancerígeno espanto a la candorosa sombra de una palmera: "Es mentira." "Todo es un abyecta y omnisciente mentira". Para el ocaso me lo ha premeditado la luna acuosa, menguante y oval de un espejo que he convertido en añicos… "Es mentira. Sólo tú eres" ha dicho, lo ha confesado en una voz tersa y melodiosa y me he dado cuenta, vana y excesivamente tarde, que hay partituras y actos que no deben interpretarse jamás. Nací en la madrugada de un 29 de mayo de 1974 en un sanatorio donde anidaban las palomas en las ventanas excretadas frente a una plaza con nombre de esclavo, afuera lloviznaba el otoño, adentro mi cuello se azulaba envuelto en mi cordón umbilical, como una prematura horca que enmudeció mi primer llanto, me bautizaron W. Darío Amaral. Ahora ¿de dónde vienes tú?

LO QUE SE DICE, “CASI” UN ACTO POÉTICO

¿Qué es un acto poético?, preguntó el rey.
No se sabe, mi señor, sólo nos damos cuenta de que
existe cuando ha sucedido
José Saramago

Yuldo, Gontier y Cindo de doce años los tres. Su hermandad aún pareciera titilar en la penumbra de la isla como una luciérnaga extranjera en la noche de ventisca autumnal. Su última maestra de colegio perseveró en tildarles, durante el consejo de padres, de “corderos descarriados”; no me consta eso. Me consta, al igual que a muchos de esta isla, de la existencia de la sugerente, de la insurgente epístola rubricada por Yuldo en nombre de los tres poco después de su desaparición. La hallaron los militares que patrullan la costa al hormazo del mediodía a medio enterrar, humedecida por la condensación del frasco que la contenía encallado en la arena de la bahía. Fue esgrimida al reverso de la primera hoja, donde figura el título, del *Ulises* de Joyce. Respecto a la desaparición de los chicos en sí misma, no son pocos quienes se aventuraron en catalogarla de prodigiosa e incluso, a escupitajo limpio, de “acto poético”, puesto que los tres muchachos no sólo han sido genuinos pioneros en orquestarla por estos parajes apartados de Dios, sino que además, desde su gestación, supieron desarrollar sus pormenores elucubrando cada uno de ellos falazmente delante de nuestras propias narices, y de las del sistema, evidenciando tal talento que, prejuzgo ahora luego, más adquirido que nato, siendo doblemente válido el mérito

y acordando que, al igual que la poesía, este plan prosperó a ciencia cierta impulsado por la adversidad adquiriendo una estructura tan revolucionaria como contestataria.

La epístola en el frasco señalaba: "Emulen todo temor y duda de vuestras almas ilusas, despejen la densa bruma que cubre, tras cada hálito emitido con recelo, la cubierta del navío de vuestro ser que, sépanlo pronto, naufragará... Vuestras almas mancilladas, vilipendiadas y ultrajadas en su esencia en esta isla abandonada por el mundo, olvidada por el bien y apartada de las más primaria y elemental cordura. Espantad esa peregrina casta de cangrejos de moteados uniformes camuflados que, a fin de cuentas, son el único lastre que recubre y empuja toda esperanza hacia el lecho de estas aguas tan revueltas como corruptas. Darles de puntapiés desde lo alto, arrojarlos uno a uno por los aires desde vuestra cubierta hasta que den contra las filosas rocas y mirarles al fin despedazarse hasta que se confundan con la espuma y desaparezcan de vuestra existencia. Alivianar semejante yugo y llegará el día en que se vean flotando como lo que son: libres goletas blancas, cuya única bitácora presagiará el rumbo de un horizonte vasto, elegido por vosotros, cualquier horizonte en realidad, hasta aquel que se divisa inalcanzable en tanto no sea este contra el cual naufragamos ya sin espanto como en la intencional y simétrica pincelada de una paupérrima pintura grotesca y surrealista…"

Contramaestre Yuldo.

Una segunda carta resurgió a los días azuzando aún más los ánimos, venía escrita en otra página húmeda, (la última arrancada tras el final del mismo *Ulises* de Joyce); había navegado en el interior de una botella de ron como en un Nautilus sellado por un corcho. Juzguen ustedes mismos su exposición:

"Hastiados ya de lo mismo, el mismo abuso, las mismas restricciones, el mismo odio y demás misantropías acordamos

con Yuldo y Cindo en un recreo escolar darle fin a todo esto, acabar con el “status quo” reinante y largarnos clandestinamente la noche menos pensada que, en realidad, habría de ser la más planificada y trabajosa desde que dejamos de subestimar nuestra potencialidad y espíritu de supervivencia. Alimentamos nuestras ansias afines con la promesa de no sortear también nuestra juventud como ya lo habíamos hecho con nuestra infancia. Y para ello invertimos dedicación y tiempo; voluntad y ensueño. En tanto Cindo mantenía su liderazgo en los torneos semanales del club de ajedrez de la isla y Yuldo hacía sonar, como siempre, como pocos, su saxofón amenizando eventos comunitarios, cumpleaños, casamientos y bautismos en la derruida capilla, tras ese inofensivo telón se llevaba a cabo en realidad el ensayo de una pieza más íntima, significativa y trascendental; la ejecución, la gesta de nuestra gran obra maestra la cual podíamos haber titulado “ acto de locos” o si se quiere de “acto poético”:Tras la finalización de cada torneo ajedrecístico Cindo solía invertir la remuneración de la premiaciones por el primer puesto en víveres enlatados y agua envasada de manera esporádica o racional para evitar engendrar sospechas. Mi parte era en tanto la de sostener la buena costumbre de devorar cuanto libro me cedían en la biblioteca comunitaria y destacarme en el análisis y disertación de los mismos en las clases de historia y geografía, aunque lo que había conseguido era, gracias a ello, granjearme la familiaridad con la bibliotecaria quien, sin imaginárselo remotamente, me cedió franco acceso al archivo de mapas y cartas de navegación de la isla.

Como resultante, mientras en la isla el tema en boga residía en los preparativos para la inauguración del reluciente teatro de verano que entretuviese a los habitantes en las monótonas noches, o bien los distrajese de los oprobios dictatoriales, Yuldo se ocupaba en rescatar y reciclar cuánta madera

y partes de cascos de chalanas y barcos, (condena sellada para los antiguos pescadores), hubieran sobrevivido desperdigadas a la gran quema del sistema. Regístrese la cuota de fortuna in extremis que siempre ha de preceder tanto a algunos héroes temerarios como a los idealistas insensatos que también da cuenta del increíble descubrimiento de, entre tanto cachivache inservible, de una brújula en decoroso estado, un par de remos apenas chamuscados y un fragmento de lona poliéster que podría renacer como vela náutica, y de hecho así lo hizo tiempo posterior de que bautizáramos nuestro navío prefabricado y zarpáramos… “

Capitán Gontier.

La epístola última se la substrajeron los militares a un pordiosero que, recostado en un muro de adobe a punto de derrumbarse, intentaba deglutirla junto a algunas algas descoloridas a toda costa. El malviviente aseguró recordar únicamente haberse despertado sobre su orín y con la botella ya entre sus dedos. Transcribimos su contenido desde el ilegible reverso de la impregnada página, (quizá de “Ulises”):

”Desprenderse de una realidad no es lo mismo que desprenderse de un sueño. Puesto que, por más recurrente que el sueño, (o pesadilla) sea, en algunas ocasiones sólo basta con despertarse para apartar nuestro endeble espíritu de su insidioso efecto. Desde que adquirimos (temprana) conciencia de las circunstancias dominantes supimos vernos como pequeñas arañitas atrapadas entre los engranajes de un hermético reloj del que parecía inviable escapar… Aunque, de hecho, todo sistema o dispositivo creado por el hombre es, en cierta manera, susceptible de fallas y este régimen no fue la excepción. La noche de la fuga, como se había pronosticado, una tormenta azotó la isla. Empezamos dirigiéndonos como todas las noches a nuestros dormitorios saludando, sin que nadie supiera, con un último beso a nuestros familiares. Disimulamos nues-

tros cuerpos durmientes en los respectivos lechos con almohadas y nos escabullimos como anguilas a través de las ventanas engrasadas. Nos deslizamos por las calles en una hermandad de clandestinidad libertaria hasta las rocas menos creíbles de la costa. Desenterramos nuestra nave, el agua, las provisiones y algunas prendas de vestir. Pusimos a flote la embarcación, la abordamos y a fuerza de remo y un viento franco que nos distanció rápidamente de la intermitente luz indicadora del rocoso cabo concretamos, junto con la media milla marina, nuestro sueño de minúsculas araña. Aquella noche no nos desprendimos de una realidad, sino que más bien la cambiamos por otra que únicamente podíamos visualizar, bajo la perspectiva del sistema, como un sueño, una lunática utopía…"

El texto se interrumpe en esta parte por alguna ignota razón. Podemos atribuir la autoría de la carta a quien, dudosamente, no se ha manifestado hasta entonces, Cindo. Al cual, dada su naturaleza, pienso adjudicarle el rol de timonel. Atribuyo el rastro de prendas de vestir, cajas destartaladas, latas de conservas y adheridos a algunas maderas del pequeño navío, envoltorios de golosinas con otras que flotaban junto a estos como estrellas de nylon sobre el tapiz de un agua en calma. El lanchón militar no encontró otra cosa…

Yuldo, Gontier y Cindo de doce años los tres. Su hermandad aún pareciera titilar en la penumbra de la isla como una luciérnaga extranjera en la noche de ventisca autumnal.

PLAZA SITIADA AL 1400

¿Arte, panfleto o propaganda? conozco un vampiro neonazi alérgico a los glóbulos hebreos, un banco de cedro sin su arbolada plaza y sin su fuente oval de deseos sin monedas; una isla con palmeras sin cocos, prominentes precipicios pero sin noticia alguna de su océano que la circunvale y de un mapa que al menos nos acerque hasta ella. Una sonata sin violín ni piano, ni intérprete, ni partitura… un acuario sin peces tropicales, sin piedritas de fondo, sin plantas acuáticas y sin una gota de agua;

una revolución sin líder de izquierda, derecha o anarquista conservador;

un monociclo sin rueda ni asiento; un murciélago sordo sin alas y efectivamente un jazmín sin flores, gajos, raíz y tierra donde afincarse.

Conozco un poeta sin pluma y sin su musa, un país y una escuela sin bandera, sin edificios, casas, parques, plazas, estadios, cementerios… ni leyes; un enfermo terminal enteramente sano y hasta una boca, aunque bien sellada, con muchas caries y sin ninguna muela. Una jarra de vidrio sin su asa ni su jugo de arándanos con cubos de hielo, una vaina sin espada, sin mano que la blanda y, la mano, sin su soldado. Un collar de perro sin el perro y sin cadena; un vendedor ambulante sin mercancías ni tienda, un oculista y dos cirujanos ciegos en comatoso estado; un diplomático mudo y desahuciado, e incluso hasta un estómago bien vacío pero bien revuelto.

Conozco finalmente un espectro que se desplaza vivo con sus carnes, vísceras uñas y huesos, que en la penumbra deambula perfectamente despierto pero, de hecho

por más que sé de un sol oscuro que no alumbró nunca a esta plaza por entero sitiada en ninguna parte, jamás de los jamases he podido atisbar siquiera el verme un instante parado en ella, descorazonado

y

sin

ti.

EL HACEDOR DE CHARCOS

Cuando niño vi a un hacedor de charcos en cabizbaja posición, aunque de pie se insolaba al resplandor del mediodía. La voz de mi madre llamándome para almorzar me distrajo un instante de la escena; cuando volví a mirar el hacedor ya había desaparecido sin dejar rastros sobre el médano, seguramente debió haberse evaporado bajo los rayos del sol o ahogado en un mar de arena abrasadora. Entendería, tiempo después, que ello era asaz improbable.

Reapareció, desde luego, aquella misma madrugada parapetado como un grillo tras una pila de libros infantiles en mi mesa de luz. Recuerdo que en aquella instancia se asemejaba más a un verdadero hacedor de charcos, de esos que se escurren silenciosos por la cortina descorrida de la ventana abierta de tu alcoba y, ni bien te escrutan dormido, brincan asustados pero decididos hasta tu pecho y, ya posados, se hunden en él a través de tus prendas de dormir tibias y desde entonces nada hará que lo aparte de aquel sitio ideal que de ahora en más será su residencia.

Con el trajín de los años el hacedor de charcos ha de madurar a la par de su huésped, e incluso más; llegado el caso aquella será sin duda una excelente instancia para no rehuir por entero a sus señales y consejos que, con suerte, han de salvaguardarles a ambos en épocas de insondable adversidad.

En estas épocas de mancomunada trascendencia, son notorios los bien logrados achaques de creatividad del hacedor de charcos que tanto suelen asemejarlo a los de Dalí, Goya o Picazo; por lo que podrá sorprendérsele(s) dotando de for-

mas múltiples a cuanto charco de agua límpida o turbia se le atraviese(n) a su paso.

Para la culminación de los días, cuando la fidelidad y benignidad del hacedor de charcos haya quedado más que establecida, digamos al punto que ya no logres discernirlo ni separarlo de tu ser, ante el umbral de tu muerte se llevará a cabo indefectiblemente un espléndido aunque esperable portento: pudiéndose marchar, huyendo a otra nueva residencia en la cual recomenzar como en una reencarnación, el hacedor de charcos te hará saber, con un apenas perceptible tum—tum, tum—tum que cada vez se tornará más arrítmico pero menos intenso, acerca de su irrevocable decisión de desaparecer junto contigo…

Cuando niño yo vi a un hacedor de charcos en cabizbaja posición…

A LOS DETRACTORES DE TODA NEOPOÉTICA

Antes las palabras significaban alguna cosa...
Juan Goytisolo, *La Chanca*

A los detractores de toda nueva poética, (novedosa, hilarante o punzante tan sólo por aquí, laudase Don Nicanor Parra antes de tumbarse con noventa y dos años sobre la tela en cuadrillé de su hamaca paraguaya en Las Cruces).

A los que prejuzgan a sus hacedores de atrapasueños y pinchanubes, a los que subestiman, con pruebas o sin ellas, sus facultades y carencias.

A los que evitan escrutar la profundidad de sus pupilas dilatadas, la persiguen como sombra y apresuran ponzoñarla por la espalda sin concederle una mínima tregua, (que el manzano no cedió frutas rojas y dulces en sólo dos días).

A los que la alaban si la reconocen y premian, pero boicotean si la suerte no la alcanza o si los rayos del sol aún no dan con ella y asimismo la acaban sepultando convida.

A los que motejan a sus poetas primero de lúmpenes, cagatintas, chapuceros, fabricantes de cecinas y demás sinónimos esquivos y equívocos.

A los que no han sido invocados por el anárquico "voto que el alma pronuncia" y que, desde el humano sustantivo-adjetivo, cada uno de ellos reconocerá y admitirá: "sabremos cumplir"...

A ellos declaro, en este manifiesto de la "sin razón" compuesto en las antípodas de la razón, toda la paz de un atardecer salitroso; una constelación de lluviosos astros veraniegos;

un jardín en flor surcado por coliflores y mariposas que un viento sur empuja bajo un puente de arco iris; un blasón de tregua en plena guerra por sobre los cascos acribillados y sucios de sangre.

A los detractores de toda nueva poética, (que si no me han ofendido por acompañarme en su lectura hasta este tramo), soy lo que soy también por ustedes.

EN SHIKOKU, LA HOJARASCA LIVIANA

la tarda noria remueve desde el flanco del río algunas hojas secas del alto pinar

a su sombra el labrador pone en reposo su brazo diestro y con él a su mellado azadón

hunde la reluciente cabeza en la corriente y es abordado por una imagen sin tiempo

en el espejo del río discierne las dos sombras que avanzan entre el sorgo rojo y virgen

el pequeño y su padre pisan las piedras de un sendero que cercena un rosedal en flor

abordan una escalinata que termina en una puerta corrediza con dragones grabados

ya en el recinto un ídolo tallado es cruzado por una estela de humo de incienso rojo

al pie del ídolo sobre un soporte envuelto en ceda la daga de oriente sueña en su vaina   desnudan sus pies reverencian al ídolo arrodillados y tras la meditación la lección

tu abuelo fue un gran labrador
horadaba la tierra con ahínco
y su cosecha era la mejor
marchaba al amanecer
retornaba al crepúsculo
y cuanta poesía albergaba ese simple acto
no escaseaba el alimento
y eran gloriosos días de sol
para tus tías y para mí

pero un día sopló
la hojarasca liviana
en la isla
y el cielo ennegreció de súbito
entre la arboleda
que hay entre el sembrado
y el hogar
abordado fue
por un demonio ofendido y envidioso
ante tanta beldad e integridad
se apoderó
de su esencia
de su ser
lo perdimos como nieve al sol
la luz de sus ojos se opacó
y sucumbió en la bruma
al horror
recayó en el vicio
y las deudas
arrasaron con su cosecha
con el mismo campo
y con nosotros
la vergüenza y deshonra
alimentaron nuestros cuerpos
pero mancillaron
nuestras almas
a mi nombre y al de mis hermanas
le nacieron púas que punzaban
y desgarraban nuestro
ser
ahora el padre
aligerado tras el relato
se apresta a instruir a su hijo

en el arte

el delicado arte
de ahuyentar
de abatir
de exorcizar
aquella impía casta
de demonios
para el anochecer
el pequeño se incorpora
le aquejan las rodillas
y el resto del cuerpo
se apresta a dejar
a su exhausto padre
su mentor
su maestro
sumido en honda meditación
se coloca su sandalias
y se encamina a la cocina
donde su madre
limpia un pescado
desanda el tramo hecho con su progenitor
dos mariposas sobrevuelan su cabeza
al percatarse detiene su paso
intenta atrapar una
la única que es blanca
como nieve
alguna vez en el templo
le dijeron que su espíritu
era del color de algunas
mariposas

al parecer era cierto
porque de estar ya junto a su madre
confiere sin rodeos
la lección
“madre Lin
padre Shun
ha vuelto a aleccionarme
y ha sido hoy
muy ilustrativo
tras una plática
sobre oscuros demonios
me ha instruido
en el difícil arte
de combatirles
su valor es tan desmedido
que ante mis asombrados ojos
no dio espacio
a la deshonra
oponiéndose a la ofensa del demonio sable
sin tolerar más afrentas
venidas de su filo
su colérico vientre desnudo
ha sabido confrontarlo
como ninguno
y en su ventaja
ha desangrado al desdichado sable
hasta engullirlo por entero
hasta su empuñadura
he sido testigo además
de otro fantástico prodigio
cuando venía hacia aquí
las mariposas del bosque
comienzan a congregarse

en nuestros rosales
para celebrarlo”
la gloria sea con aquel que
subestimando al horror
igual le tiende una mano

SUPERSTICIONES DEL NUEVO POETA MALD(H)ITO Y UN SILOGISMO PÓSTUMO QUE NO HACÍA FALTA

A

El nuevo poeta compone con la mayor dignidad asequible con y para él mismo. Empero no obvia la prerrogativa de componer, parapetado desde el campanario de la Capilla Maciel, para todo congénere que se lo implore a voces o por fax, vestido de Cyrano de Bergerac o, en su loable defecto, de Athos, Porthos o Aramis.

B

El nuevo poeta sueña despierto y duerme, imperativamente, dormido; con o sin ingesta de Zaleplon en ayunas.

C

El nuevo poeta, tal cual sostuvo Bolaño, emprende por la senda del "sentido común", por ella y en el seguimiento de la migración masiva de cangrejos rojos en Nochebuena.

D

El nuevo poeta se ducha con arena tibia extraída de las Dunas del Polonio durante cualquier equinoccio de primavera, se seca con las flores rojas de ceibo nacional y aroma su joroba y mocasines con alcanfor importado en carabela.

E

El nuevo poeta es partidario a ultranza de una modestia

encomiable, siempre y cuando, (y concediendo lugar a cierta indócil utopía), la fotografía de su medalla del Premio Cervantes de Literatura Castellana dispuesta sobre una mampostería de fino cristal labrado logre reflejarse en las azulinas aguas de su jacuzzi sin encender y esta sea *trending topic* en Twitter durante diecisiete segundos, al menos.

F

El nuevo poeta recurre, haciendo para sí en un acto de grandilocuencia, a sentencias categóricas: "¡Eureka!..."; "Ser o no ser es la cuestión…"; "Ladran Sancho, señal que cabalgamos…" "¡Qué indómito océano señorea el mundo!..." "Dios creó el alimento, el Diablo los cocineros"…"Lo esencial es invisible a los ojos"…

Y descollando, con la envergadura de un Everest, la solemne "¡Chanfle! ¡Que no panda el cúnico!"

Silogismo final:
Toda mariposa es culpable.
Algunos poetas son mariposas.
Algunos poetas son culpables.

MONÓLOGO DEL EMIR

¡Ay, de los vencidos!
Breno

Tal como me juzgan, aprecian, (y menosprecian), yo merecí ser, entre tantos justos aspirantes y menos bellacos, aquel implacable contendiente que el bélico, el portentoso Alejandro de Macedonia jamás confrontó. A cambio, cual charada perpetrada por la mano de una deidad perniciosa, los inescrutables evos del ensueño apenas me ceden contemplar a perturbadora distancia la felonía gris de cien mil cimitarras que, ante la nada filial, aguardan el llamado de la sangre que bulle por aflorar y humedecer la planicie sedienta por el sol. Ambos dos: mi aplazado nacimiento y mi tardío trono han ultrajado mi estirpe de sobremanera. Me han desprovisto con bajeza extrema de cualquier merecida gloria y me han reducido, (a mí y a mi prole), a asemejarme a la más grandilocuente mofa de Alá al cual no abdicaré imprecar desde mis negros intestinos.

Hoy, en la cúspide del desértico reino, únicamente me va restando el ardoroso consuelo de llegar a darme muerte en la oblicua luna de un labrado espejo por habérseme vedado siquiera ser la preciosa enfermedad que extinguiera de un único estoque tanto esplendor congregado en único mortal. No obstante ello, desearía una pedido más: desearía, al igual que el pérfido espejismo del Sahara, desvanecerme sin más descontento sobre la abrasiva arena hasta nunca jamás ver, no sin antes saber, ¿ por qué me vence el tiempo y no la daga?

MARÍA CLARA Y SU MODESTO PARQUE DE DIVERSIONES

La pequeña, la traviesa María Clara no se la pasa nada mal en sus ratos incólumes.

Ha descubierto, bien sin proponérselo, o con toda la premeditación del verano, un novedoso y curioso Parque de Diversiones: Yo mismo.

Con sus dos añitos de antigüedad se las ha arreglado para ver en mí, para hacer de mí, un popurrí de instrumentos de módico servicio lúdico.

Y así, aunque debieran dudarlo, una noche de enero en que nada distrajo ni retuvo su interés glotón, arribó hasta quien suscribe y, sin otro ticket que el de mi paternidad, dio por inaugurado e ingresó al sistema de juegos del que, por momentos, soy funesto sustantivo.

De esta forma la terrible liliputiense, (liliputiense en lo que un pitufo infante lo es para otro pitufo adulto), tomó impulso y, hallándome reclinado en mi sillón de acostumbrada lectura, en un soberano acto que poseía todos los visos de un (a)salto, la chiquilla diose elevación hasta mi pecho. A continuación hizo de mi pecho, estómago, piernas y pies un tibio y arropado tobogán. En un segundo intento, más instintivo, cogió mis manos y suspendiéndose con sus asentaderas en ellas, las transformó en un huesudo columpio a su medida; hasta hoy las cuerdas de mis brazos están sentidas de tanto balanceo. Ya tumbado, tanto en la cama, sofá o sobre la arena de la playa, esta niña hija de Rasputín, (recuerden que aún no he renunciado a su tutela), se encarama a mis nalgas, espaldas o

cabeza para dar inicio frenético a una danza, (o doma), derivada plausiblemente de la tarantela, pues, finalizada la misma, una de dos: yo acabo domado hasta la laxitud, o lo que no es lo mismo, como la tarántula aplastada de la que proviene la espantosa coreografía italiana.

Una última salvedad antes de cerrar mis desvencijadas puertas: todo y cada uno de los daños colaterales padecidos sobre las instalaciones de este Parque de Diversiones, junto con algunos otros omitidos, se supeditan ,(merman e incluso se evaporan), a la dádiva de su única concurrente que, a final de cuentas, es también su fundadora.

Horario: todos los días, tardes y noches; durante tormentas, rachas de viento y algún que otro sismo pasajero…se autoriza el acceso con refrescos, frutas y golosinas.

(*) CARONTE/ HADES

1
ondulaciones viperinas que el palo-remo sonsaca al río
psicopompo de urdida barba senil y moribundas órbitas
que encamina el madero de su proa a la rivera Estigia
cundida de cráneos panacea a la óctuple vacuidad
que aguijonean el alma del sórdido Dios Caronte
2
a su alma obscena no la atosiga la entraña de la noche
que palpita nefanda y austera ni los ecos de súplicas gaznápiras
arrancadas de gargantas iridiscentes por las infinitas estocadas
multitudes de sollozos entrecortados por tentáculos furibundos
multitudes desgarradas e irreconocibles entre viscosidades del cenit
3
no longer, nicht mehr, pas plus, nie, artik, inte langre, non piú,
больш не. no more, jo më shumë, повече, no más, žádná,
不再, 더 이상, više, dim mwy, hou, nihil, повеќе, no más,
não mais, inter mer, wala nang, не більше, no más
4
un graznido estentóreo trastoca su desgaire de saurio diaconal
y desvía su cráneo sin pulpa y sus cavernosos ojos al abismo

en la altura humeante del Seol irrigado por nubes de gotas carmesí
hendidas por la iracunda levitación de centenares de gárgolas
que recelan del hierático anciano y combustionan en un atrezo vaho

5

oleadas de almas joviales y decrépitas se arremolinan como larvas
abarrotan la bahía y atisban mudas con su óbolo en las fauces
a que Caronte acorte la orilla de Dis desde donde no existe viraje
y desde donde la luz a través de los evos será la de una rojiza flama
en donde sólo a los sombríos visos del suplicio les atañe imperar

6

los magullados brazos y las curtidas facciones abrumadas
por la rispidez intransigente de los evos dilatados en un orbe
mayúsculo se crisparán todos al unísono la hora que sin aviso
descienda la sombra de lo que alguna vez hubo de ser un mortal
para concebir hacer pie en la greda pútrida de aquella orilla
para sin más conferir al remero del bote que hasta él se avecina:
¡hey barquero! ¡ya no vendrán más! ¡soy el último condenado!
y el anciano Caronte derrame su llanto entre risas y carcajadas…

SÍ /NO

Sí mi pequeña niña: este autor no ha sido lo que se dice un padre dechado, ni tampoco un filántropo o bienhechor a imitar; probablemente, antes que verme saltar al vacío desde el trapecio sin red en el que me trepaba al momento coyuntural de esgrimir alguna idea salvable, te hubieras entendido de hostias con cualquier otro huérfano antes que conmigo…

No madre: no me apabulló nunca el pretendido porvenir, ni el nuestro ni el de la entera humanidad que desde su génesis erige hecatombes sobre hecatombes en pro de su propia ruina; y sin pretenderlo viniste a parir una laya de engendro no a un bebé cabezón, un malnacido ahorcado con su propio cordón umbilical al principio y ya de adulto sorteando todo grosor de dañinas sogas…

Sí padre: si bien supiste mostrarme el ancho paisaje del odio, la desesperanza y el oprobio que maltrecho te condujo una eternidad de noches al mármol del mostrador de una, de todas las cantinas y bares del mundo… para bien propio y de los demás, siquiera una vez descubriste, aquel angosto sendero flotante que podía habernos librado de tu aura de miseria, de hediondo y dantesco espantapájaros impregnado de aguardiente, no haber conocido prematuramente aquellas virtudes purificadoras de fuego y sus llamas sanadoras…

Sí amor mío: te amé ante todo, mismo por sobre el astro rey que doró mis contados días en el palmar junto a las aguas claras de una aguada que tenía por costumbre devolver la imagen de tu angelado rostro a las altas nubes del cielo y en la que enjuagábamos las plantas de nuestros pies desnudos

luego de haberlos embadurnados con cieno de tanto caminar tomados de la mano…el brillo de tus cabellos castaños, tus senos tibios, tus muslos aromados y gruesos al igual que tus labios. Me abandoné a un imposible, al ardoroso e indiscutible deseo de tu desdén y de tus sobras…

No altísimo señor, hacedor, (para bien o mal), de todas las cosas: escribiendo, o sin escribir, prefiero equivocarme siempre a mi cuenta a tener razón por consigna… y hoy he hablado en exceso.

SIN EVIDENCIAS

El intangible peso de las horas que aletean como alevillas me dicta en el afiebrado cráneo de que he abierto la factibilidad al error, al horror y a la esperanza al unísono.

No dispongo de momento de evidencias contundentes ni menos irrefutables para nadie;

tan sólo la viabilidad del tablero llano bañado por la tenue luz de un candil,

de sus grafías inmortales que acaso emponzoñan los dedos de mis manos temblorosas

que merodean sobre una planicie tendida como un puente entre dos orbes opuestos

que sólo se arriesgan a cruzar los herejes o aquellos que con las caedizas palabras nombran tantas cosas que ignoran que se les nombra, y otras no tanto…

Maldigo la hora de su arribo, del centelleante ojo de vidrio del vejete anticuario que,

de hacer un trasto mi vulnerabilidad y desazón, culminó por helarme la nuca y cederme la Quija al igual que un ambiguo souvenir.

¿Por qué dudar ahora de sus señales labradas si no descreo de la imagen oval de un espejo?

Sepan que creo en la muerte, pero no en los muertos; así como en el estruendo

del árbol que se precipita y deshace contra el suelo, pero sólo si hay en su cercanía quien le escuche…

Lo cierto es que aquella a quien amé una vez decidió marcharse, se dejó caer y arrastrar por la ventisca como una hoja seca en pleno otoño…

—Amor mío, mi corazón… este sitio es, contrario a lo

que suponía, frío como un glaciar, gélido al punto de helarme la sangre que todavía me resta, me cala hasta los mismos huesos y me atosiga y emponzoña el alma con malignos pensamientos. Yazco todo el tiempo de pie envuelta en una bruma continua sin discernir más que sombras que me cruzan a paso de sonámbulos exhalando alaridos y dirigiendo toda clase de improperios a un dios al que responsabilizan de su desgracia pero del cual yo no hago más que descreer. Porque, amor mío, mi corazón, de considerarlo apenas por un instante digamos ¿qué clase de padre, dador de vida, es capaz de crear, criar e instruir un cristiano al cabo de cincuenta años para desampararla en este arquetipo de orbe infernal?...

Me angustia su estado tanto como el mío…Así como no hay un vientre disponible para que yo naciese de nuevo, como un ser reconvertido, tampoco ha de haber espacio ni tiempo que den cabida apenas a un haz de nimia luz diurna que consiga despejar un poco la bruma congregada de este lado y en esta barroca habitación circundando al concéntrico tablero.

Cercenada la mundana lógica fáctica en esta noche de verano secular en la que brotan y rebrotan amorosas frases colmadas de luminosos adjetivos canjeados sobre este talismán, nuestras almas de tórtolos impíos albergan ergo designios profanos, tan negros como la ausencia de evidencias que no me confesarán jamás si esto es realidad o infame sueño, si respiro desde el anverso o reverso del cosmos, si cavilo entre los esbirros del cielo o ardo vivo perdido entre el oleaje del rojizo océano de la desolación

donde el vocablo "alivio", amiguitos míos, no puede ser más que un ultraje baladí…

CALLEJÓN SIN SALIDA

Duermevela perseguidor de rayos de luna nueva, ahora que has arribado en circunvalación hasta este páramo cargando tus usados trastos de bien intencionada trova no da lo mismo saludarte: bienvenido o malvenido seas.

De última deja que te advierta acerca de otra gran certeza:

nuestro callejón, aquel inmejorable recodo mundanal en el que se congregaban la gracia y la dicha lisonjera ni bien bajaba el sol, se estrecha ahora en contundente manifestación, descarado, como un patíbulo del que empero se desconoce cualquier tentativa de evasiva. Posiblemente acabaremos sin más ensoñación que aquella que concede la memoria, aunque, como el resto, nos transmutaremos en una suerte de pesadilla en otro de sus adoquines, de sus faroles altos y macetones desbordados de fritillarias policromáticas.

Toma pues mi consejo como si fuese una copa de tibia miel y ten empero a bien valer la luz de esta pretérita exégesis: "hasta el más sórdido horror guarda su encanto"; deja vu tras deja vu harás un alto pues hay un antes y un después palpitando en tu médula:

dilucidar "el sentido" preciso que nace primero y luego, a sus pies, la letra que lo eleva en vocablo. Mi bien caro poeta, cofrade de aventuras, algunas de ellas sórdidas o truncas pero bien necesarias para tu prolífico erial, tu rúbrica ha de ser mañana también tu epitafio, a semejante destino encaminas tus sienes…

De pequeño cobijé un galgo al que llamé Apollinaire que se arrellanaba a mi vera

cuando me atiborraba de Lezama Lima, lo desapareció una tarde la perrera del municipio; en ocasiones cotejo mi humanidad con la de aquel huesudo y desventurado ser y creo que ambos deberíamos recobrar nuestra libertad, transgredir nuestro insondable karma por paradójico y absurdo que ello pueda resultar en este claroscuro callejón sin salida. De hecho y como en un memorial a aquellos buenos años de jovialidad poética, por más que no he supuesto, o presupuesto, más que un injusto y vil destino para Apollinaire, cada vez que me acomodo a la vista de los transeúntes que en el presente se allegan con su libracos universitarios bajo el brazo, fumando pipas o bebiendo de latas de gaseosas o cervezas, otros silbando una melodía de marineros o besando con desenfado a su consorte del mismo sexo, no falta uno que la indiscreción empuje:

—¿Puedo saber qué estás leyendo?

—Pues al maestro, a Lezama.

—¿En plena soledad?

—En plena apariencia —contesto, sin que consigan descubrir al fantasma de la esquelética silueta recostado a mis pies que apartaron los hombres simples de mí por poco tiempo y que fue mi amigo por aquel callejón del recuerdo, un callejón sin salida que, aunque sé que me engaña descaradamente como a un párvulo de teta, me consuela cada atardecer ofreciéndome la salida que yo decida escoger.

ESCRITO CON TINTA ROJA SOBRE ESPUMA BLANCA

Habilitan el páramo y penetran con ropaje de ansias; poco tardan en arrellanarse y autoasignarse una humeante taza de café. Afuera asola la escarcha y despeña el aguanieve sobre las puntiagudas copas de los pinos y sauces que sollozan porque, hasta donde sé, son los únicos que pueden y saben sollozar de verdad: los únicos, los únicos, los únicos, los únicos, los únicos, los únicos, los únicos, los únicos, los únicos,

los únicos que saben hacerlo si fuesen simples hombres, aunque distan de parecerse a uno. De todas maneras, aquí adentro se han pautado las cosas en una modalidad distinta,

se han esmerado en recomponerme, alisado mis greñas, disimulado la demacrada cara,

purgado las extremidades ceñido de etiqueta, han limado también mis uñas y aromado de un mortuorio almizcle que empalaga las narinas de todos.

Es temprano aún hasta para las moscas, aunque han debido espantar a dos abejas

que se juzgaron idóneas a sobrevolarme en esta pomposa futilidad de mortal, a mí

y al parterre de coronas que me circunda como si fuese un santo, un mártir o un pastor.

Los primeros en aglomerarse fueron los viejos, todos los que conocí y algunos otros: viejos amigos, viejos amores, viejos colegas, viejos editores, viejos enemigos, viejos recaudadores, viejos proxenetas, viejos caballeros, viejos de viejos… mas no ha arribado mi hija, ni mi esposa, ni mi madre, ni siquiera mi perro.

Pienso que el hecho de que, en mi cotidiana existencia, siempre me haya sentido desencajado como un pez fuera de su agua pueda acaso tener algo que ver con su ausencia y, si pudiese, diría que me conforta tal circunstancia, porque entonces significa de que, hasta donde les fue asequible, supieron de mí, me conocieron.

Los imagino en este instante hundiendo las plantas de sus pies (y aquellas cuatro patas) en la empapada arena de la ribera marina de nuestro balneario, de nuestros primeros y posteriores años y de mis últimos pasos por esta esquina.

Yo podría seguir tras esas mismas huellas y podría incluso alcanzarlas, salpicarme el alma vana con la salina espuma blanca en su acompañamiento y volver a reconocerme en cada letra que con inconfundible tinta roja, como la sangre, forjé a la vera de un médano un día y que, pese a todo, ahora a la orilla de este mar me sirve apenas de nada.

EXEQUIAS EXECRABLES

Ojalá no hubiera nacido vivo; el no estar aquí coyunturalmente alberga ya en sí mismo

la prerrogativa del recelo que como en un agujero negro no vemos pero sabemos

que existe y se desplaza trasladándose en el espacio de alguna u otra manera desbordado de vida.

Ojala no hubiera nacido así, convencido de tanta futilidad o resignado a sus múltiples variantes; alistarse para vivir cada día es codearse también con la muerte en el viro de una esquina.

Degustar un expreso humeante, inescrutablemente agridulce, mentiroso y ponzoñoso;

una redundante medida de ajenjo o quizá una minúscula gota de cicuta servido en la más módica cafetería sin que te perturbe con quién ni para qué compartirlo.

Ojala no hubiera nacido aquí y ahora, el hado griego de la pluma o la lira no se rigió nunca por sesgadas perspectivas de mortales sin casta ni rango, tampoco por espadas, melladas, ni trovadores desgarrados en su laconismo, en su desgarbo.

Ojala no hubiera nacido vivo; bienaventurado aquel que no se reconoce exánime

o que ha vuelto añicos su propio espejo por evaluarlo fútil.

Cuánta veracidad alberga cada grano de arena animado dentro de un reloj

o las gotas de agua despeñada de una clepsidra…

Padre nuestro que estas en los cielos ojala,

ojala yo hubiera nacido muerto.

FLOR NACIDA EN LA PENUMBRA DE UNA CELDA

Hoy anduvo la muerte buscando
entre mis libros alguna cosa…
Hoy por la tarde anduvo, entre papeles, averiguando
cómo he sido, cómo ha sido mi vida,
cuánto tiempo perdí, cómo escribía cuando había ver-
duleros que venían de las quintas, cuando tenía dos novias,
un lindo jopo,
dos pares de zapatos, cuando no había televisión, ese
mundo a los pies, violento, imbécil, abrumador,
esa novela canallesca escrita por un loco...
Alfredo Zitarrosa

Y ahora paro donde la sombra insana y la maciza roca apuntalan el legado de nuestras penurias; aquí, donde tendemos a bien sofocar el sollozo nocturnal que desahucia cualquier atisbo de humanidad clandestina venida del exterior de los barrotes y el alambre de púas oxidado hace años, ese que los llamados “transeúntes libres de cargo” no logran enfocar en su apuro cotidiano.

Paro y desfallezco como las horas, días o semanas, (no tengo cómo develarlo), que me restan por cumplir o incumplir; congelado pero vivo, sin superior existencia y suerte que la que me depara la apestosa rata que cada noche resurge empapada de un desagüe para treparme por la espalda, el pecho o la cabeza y cerciorarse si el hálito al menos no me ha abandonado por completo; no vaya a ser que se le pase

tamaño festín, a ella o a mí, en la supuesta ocasión que me toque atraparla ensimismada en su antropófago ardid nocturno.

Paro aquí, factiblemente sin alcanzar parar en ninguna otra parte peor y asimismo albergo el agravado pálpito de que debiera solazarme en la intimidad vacua de este hueco enrejado a cambio de una mazmorra más execrable aún.

Paro, lo hago desde mi primer "febrero amargo" sosegado por los mamporros, las descargas eléctricas, los roedores encolerizados en los recipientes bajo nuestros culos apretados a muerte…paro en esta celda a cambio de no claudicar mi resistencia digna , mi sedición ideológica, intelectual, letrada, civil…"anticomisarial", "antipauperización", "antiexilio" físico o mental, "antifraticida", "antidialéctica", "antitotalitarista"…

Paro aquí y ahora a fin de cuentas también porque la nomenclatura seguida por mis artículos se sustenta en un voto que el alma pronuncia a sabiendas de que no soy el único revoltoso y de que, a pesar de semejante desolación, no podemos marchar solos en esta nueva cruzada libertaria; de hecho no me parezco en nada a aquella "rama muerta" presta a cortarse e incinerarse que es el hombre solo por voluntad al que refiere Octavio Paz en su "Laberinto", ni mucho menos a la isla autosuficiente, desligada del resto de la humanidad a sabiendas que tan sólo por él doblarían las campanas…

Paro aquí y ahora amiguitos hasta equipararme a la dócil florecilla blanca que, día tras día, y como una ironía de Dios, insiste en reverdecer en la entraña misma de esta celda oscura.

EL ESTAMPIDO DE LA ENTRAÑA ORIENTAL

El sueño de la razón produce monstruos.
Goya

Tal lo manifestado por el aindiado mancebo, este se reservó desde un principio el derecho de certidumbre amparándose ante todo en su paupérrimo estado de sanidad física y mental que, por ser además vuestro servidor quien le viese convida en sus postrimerías, por lo mismo, esta eventualidad me faculta y transfiere al unísono el grandilocuente beneficio de cuánta duda sea capaz de abarcar vuestro severo dictamen…

Antes de asomar de entre las entrañas pútridas de la res que llevaba allí tendida varias auroras, Gabriel ensayó una contenida arcada que lo condujo a devolver sobre sus rodillas parte de la pulpa de los inusuales frutos rojos ingeridos furtivamente más temprano. La animada masa de larvas que descomponían por dentro al animal en torno a su ser enteramente encogido también había ayudado.

Perdida la noción del tiempo que había permanecido sumergido en la nauseabunda negrura de aquel astado, recordaba con estremecimiento cómo su instinto le había retenido allí a todo costa y en silencio ni bien extinto el último estampido de las armas que acabaron por abatir a unos cuarenta o más de los más aguerridos hombres y secuestrado a los restantes trescientos, entre mujeres y niños, integrantes de su tribu.

A través de una minúscula perforación de punta de flecha flanqueando el cuero de la res, la que probablemente provocase el deceso de aquel animal que ocupó como si fuese un pará-

sito, Gabriel había atestiguado, de alguna manera medrosa e indigna a su ascendencia, la erradicación de la indómita casta charrúa de los nacientes suelos del estado oriental.

Algunos de los más eminentes hombres, (tal el caso de "Venado", "Polidoro" o "Juan Pedro"), que en tanto bebían cándidamente de sus vasijas bufoneaban acerca de la malograda fermentación de la chicha con la que los "amigos orientales" les habían agasajado en respuesta a aquella súbita convocatoria del gobierno de Don Frutos en la ribera del Salsipuedes, ninguno de ellos, por lo mismo, reparó en el llamado que la naturaleza surtía en su bajo vientre ni en su sigiloso escurrimiento hasta el único montículo alejado apreciable en el llano: un robusto toro muerto que, despanzurrado por algún puma o cimarrón, apestaba tanto como las heces evacuadas.

Apenas arrojados los pastos verdes y blandos con los que se hubo limpiado el culo bajo las nubes y apenas sonsacado de la íntima apacibilidad devenida tras sus deposiciones que humeaban al igual que la boca del revólver del General Rivera tras el primer estampido descargado sobre el pecho de "Venado"; instintivamente Gabriel zambulló su ser entero en aquel mar de entrañas frías al cual le debería después su supervivencia.

Estrechó la distancia que lo apartaba del arroyo y, cuanto le permitió su voluntad, enjuagó la inmundicia de su cuerpo que empero mantenía impregnado el hedor a carroña. En su cabeza aún resonaban, como ecos de una cueva, el estampido de los disparos ultimando a su pueblo desarmado, sin asomo de una migaja de la manifiesta clemencia oriental. ¿Clemencia? ¿Qué clemencia puede demandar la cobardía de un indio que abandona a sus hermanos a la inescrupulosidad de aquellos que "Vaimaca" se equivocó en llamar "amigos"? Confundido con las entrañas descompuestas de aquella res por un momento sintió que debía volver a hundirse en ellas y perecer

allí, no como un charrúa, sino como otro gusano al que nadie echaría de menos. Cavilaba acerca de la entraña oriental hasta concluir que también era su entraña y la entraña del toro muerto, cuando un nuevo estampido de súbito se hizo carne desgarrada y sangre aflorando en su costado. Luego sobrevino el desvanecimiento…

Epístola fechada a julio de 1831, del vecino oriental Julián de Gregorio Espinosa a Fructuoso Rivera:

> "Mi muy amado Fructuoso, sigo con mis males y aunque aliviado, es muy lenta mi mejoría: por otra parte es que han empezado a atacarme los disgustos. Aquel indiecito Gabriel que tu le mandaste a Candelaria, cuando yo iba para Itaquí, después de tres meses de enfermedad en la cual ha sido asistido sin reserva de ningún gasto, falleció consumido el día 24 a las 11 de la mañana: una pena ha sido para Candelaria esta pérdida, que ha mirado como una desgracia, por el amor de que él se había hecho digno, como porque desde su [en] fermedad estamos notando la falta de su buen servicio, pues él era el que corría con todo."

ARTE POÉTICA

Doblegar en sanguíneo pulso la página llana, derramar sobre su nieve la entraña en abecedarias líneas de significados y significantes para proseguir siendo y no claudicar,

con la vernácula esencia abismada por las ánimas sórdidas que sobrevuelan el limbo interior de nuestro espíritu crispado; atizando con júbilo o pavor los vellos de la nuca

y encogiéndonos de hombros para no claudicar la vena con tal de seguir siendo sangre y verbo. La altiva pronunciación del espíritu que rehúye acallar las luminosas suertes,

enfilando su pie ligero por sobre arenas movedizas bajo un poniente de tormenta cercenado por destellos que dan tierra donde el arco iris nace o perece.

Métrica pétrea de aguas turbias que desborda los silencios ancestrales, que la luna autumnal desde la altura recae en contemplar y entremezclarse con una olímpica ambrosía; no descubriremos otro prodigio distinto al que, despojado inmerecidamente de la rosa y el laurel, descubriese una mañana de julio también acaso aquel noble Cyrano de Bergerac tras su último combate proclamando desde el suelo hacia los altos esbirros: "y aunque falto de tiempo no desenfundé jamás mi belicoso florete, inmaculado quedará asimismo mi orgullo de poeta; sólo he atesorado una cosa y una cosa me he de llevar: una pluma con la que acaso ilustré en palabras una flor…"

SI CON MIS OJOS VIERAS

Si con mis ojos vieras los abrasados gajos de las viejas higueras precipitarse con su manto cerrado por hojas y quejumbrosos nidos de ruiseñores a las tan gélidas y pútridas vertientes que bajan del monte carbonizado tras el bombardeo enemigo acarreando la parva de despojos de animales y humanos.

Si con mis ojos vieras el centenar de lápidas y panteones revueltos, resquebrajados, vueltos polvo entre las cenizas de un desierto agrietado que otrora fuese el lecho de un océano cuyas olas se elevaban como valles surcados por siluetas de cetáceos y sobrevolado por imperiales albatros que ya no volveremos a avistar desde ningún faro ni risco soleado.

Si con mis ojos vieras por sobre las destejadas viviendas, todas desvencijadas, todas deshumanizadas en pie de puro milagro, que han devenido al final en guaridas de lobos, ratas, escorpiones y toda clase de alimaña sin nombre pero con apellidos más repulsivos y peligrosos que los mismos neonazis.

Si con mis ojos vieras los anómalos eclipses lunares y la lluvia de estrellas verdosas a cada anochecer en que resulta más conveniente mantenerse convida en el claustro del sótano, semejante a un Aleph, en alguna latitud indiferente entre la oscuridad que reina como el mismo Lucifer fastidiado a varios metros desde su Seol.

Si con mis ojos vieras la inferencia de los que antaño fueron mortales, ordinarios hombres de familia que distraían su días en el deleite sencillo de sus ocupaciones habituales, sus romances y paseos vespertinos…y no en la degradación de su

humanidad…la depravación que los conduce hoy a devorar o infectar los cuerpos de sus esposas e hijos transmutándolos en bestias carroñeras exentas de alguna piedad.

Si con mis ojos vieras el desbarajuste de juguetes esparcidos, silenciosos, aquietados y sucios, sin siquiera uno de sus respectivos dueños cerca que acaso consiguiese devolverles durante un tiempo breve apenas un atisbo de su graciosa animosidad.

Si con mis ojos vieras y me vieras sosteniendo aún este aciago hálito, esta subvención del caos, esta gélida desolación, no vacilarías, siquiera un instante, en compadecerme

tanto más por mi escabrosa ventura, como por el escarnio de mi libertino encierro,

la desdicha de mi cuerpo y alma corrupta, la desazón de otro nuevo amanecer.

Si con mis ojos vieras, me verías primero, antes que a toda esta infamia, desprovisto de mi verdadera humanidad, descorazonado, deshumanizado de mí y ansiando convertir todo cuanto se me aproxima y rodea en la misma nada.

Verías también el arrellanado esplendor de este octavo círculo que nos circunvala en lo que más se parece a una pesadilla naciendo y renaciendo, una, otra y otra vez, cada día, en la luna de un espejo que ya ha dejado de devolver cualquier posible reflejo.

MANTIS RELIGIOSA

Me dado cuenta de que nací de una mantis religiosa; todos en realidad emergimos al mundo de una, sólo que rara vez nos percatamos de ello. Convivimos en una sociedad abarrotada de mantis religiosas, pero no nos conviene reconocerlo ante la amenaza de generar un caos absurdo mayor. Una mantis religiosa nos gobierna, en tanto que otras nos persuaden de la existencia inmaterial de una mantis religiosa superior como una deidad a la cual no debemos defraudar para no acabar devorados por ella en un santiamén. Si sabemos convivir armónicamente aceptando ese orden de mantis preestablecido la recompensa será en cambio maravillosa: proseguir vivos durante la eternidad que a la mantis religiosa suprema le lleve devorarnos por completo.

ÍNDICE

COLECCIÓN EXCÉNTRICOS

Todos los cuentos
Felipe Polleri

Escritor indolente
Carlos Liscano

Como si fuera poco
Roberto Appratto

Algunos cuentos, algunas canciones
Darío Iglesias

Bifrost
Marcelo Damonte

Menú de guerra
Julio Cesar Guianze

Cierzo
Laura Chalar

Cuando eso acecha
Andrea Arismendi Miraballes

Género Oriental
Fantasía, Terror, Noir, Ciencia ficción, Cosas raras.
AA.VV.

"El neouruguayo será por sobre todas las cosas, un lumpen trasterrado sí, embestido de un desamparo tan indómito como la noche que lo doblegará hasta diluirlo en el reflejo imperturbable de un exótico mar egeo. Y allí, en el azogue de la ribera, sin pampero, sin cruceras que se mordisqueen su propia cola, sin octavas ni lanza de tacuara a la que aferrase, ha de fenecer tan leve como un adagio, sin que nada, nadie y ninguno le rememore quien pudo haber llegado a ser en otras lejanas latitudes y calzando un par de zapatos de otra talla y suela. A fin de cuentas, cada individuo es, tras un acicate de gracia, también un himno destruido."

Colección | EXCÉNTRICOS

